

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**MADRE ANTONIA DE JESÚS
AGUSTINA RECOLETA**

S. MILLÁN – 2023

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Reforma agustiniana.
Sus padres.
Vida retirada.
Hábito agustiniano.
Fuera de la casa paterna.
El demonio en acción.
Vida austera.
Sanación milagrosa.
Pidiendo limosna.
Limosna generosa.
Ayuda sobrenatural para llevar peso.
El demonio otra vez.
Maritardía.
La casa del Corpus Christi.
Entrada en la nueva casa.
Dificultades.
Visita del arzobispo de Granada.
Sacerdote opositor.
Convento e iglesia nuevos.
Su madre.
Milagro de las langostas.
Intercesores.
Los ángeles.
Terminada la fundación de Granada.
Viaje a Chiclana (Cádiz).
Caída por las escaleras.
Nuevos percances.
Entrada en la Casa.
La gente les ayuda.
El obispo las acepta.
Don Carlos Presenti.
Medina Sidonia (Cádiz).
Su muerte.
Exhumaciones.
Resumen de su vida.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro vamos a narrar episodios importantes de la vida de la Madre Antonia de Jesús, agustina recoleta, que fundó los conventos de Santo Tomás de Villanueva y del Corpus Christi en Granada y también el de Jesús Nazareno de Chiclana (Cádiz) y el de Jesús, María y José, de Medina Sidonia (Cádiz). No hemos escrito una biografía en el sentido estricto de la palabra. Hemos dejado de lado muchos detalles que ella describe en sus Tratados o cuadernos sobre las fundaciones. Nos hemos reducido especialmente a detalles de tipo espiritual más que a los datos históricos.

Sin embargo, reconocemos que faltan muchos datos sobre su vida privada y espiritual que ensalzarían mucho más su figura espiritual, ya que ella trata de ocultar muchas cosas referentes a sus carismas o dones sobrenaturales en su relación con el Señor. No obstante, se nota con mucha claridad que ella tenía una fe a toda prueba, que en todas las dificultades acudía al Señor y a la Virgen, a san José y a muchos otros santos y ángeles para que le ayudaran en su lucha contra el mal para poder solucionar tantas dificultades que se presentaban en la fundación de los conventos.

Como fundadora de conventos, nos recuerda a santa Teresa de Jesús con su don de escritora y con su espíritu fuerte a la hora de solucionar los problemas y tener que enfrentar al poder del demonio que, con permiso de Dios, le manifestaba su rabia a la hora de las fundaciones.

Por supuesto que en todo momento confiaba en la providencia de Dios para poder cubrir las necesidades económicas de la comunidad. Es interesante anotar cómo acude a los ángeles, especialmente a los ángeles custodios de la comunidades, del suyo y de las hermanas de su convento y a todos los ángeles en general, en especial a san Miguel, Gabriel y Rafael.

Su vivencia del dogma de la comunión de los santos lo vemos vivo en ella. Sabía que Dios es más grande que todas las dificultades y que todos los demonios juntos. Y ante las personas contrarias a las fundaciones, invocaba a sus ángeles y acudía en oración constante con sus hermanas a Dios para que los enemigos se convirtieran en amigos, como sucedió en muchas ocasiones, y ella misma lo certifica.

Otra cosa importante es anotar que no puede ocultar algunas cosas milagrosas como curaciones de sus hermanas, el poder que Dios le da para calmarlas en sus miedos ante los problemas o para solucionar cosas aparentemente imposibles como el llevar cantidades de regalos que le daban en los mercados, que ni un mulo hubiera podido llevar, según ella misma nos dice.

Tampoco puede ocultar tantos sufrimientos que debió soportar para hacer más meritoria su vida y para que Dios pudiera manifestar mejor su gran santidad. Esperamos que la lectura de estas líneas sirvan a algunas personas a tener más fe y confianza en Dios que en las personas y cosas materiales y, de esta manera, puedan vivir mejor su vida espiritual y ser más santas cada día.

Nota.- Al referirnos a los *Tratados*, lo hacemos citando la página del libro de las *Fundaciones femeninas andaluzas*, editado por Domingo Bohórquez, Cádiz, 1995.

También citamos *Esclarecido solar* en referencia al libro del padre Alfonso Villerino, *Esclarecido solar de las religiosas recoletas de N.P. San Agustín*, Madrid, 1691.

REFORMA AGUSTINIANA

La reforma de los frailes agustinos se inicia en 1588 en el capítulo de Toledo de la provincia de Castilla. Se promulga el 5 de diciembre la quinta acta que es el acta fundacional de la Recolectión y que dice: *Porque hay entre nosotros o al menos puede haber algunos amantes de la perfección monástica, que desean seguir un plan de vida más austera, cuyo legítimo deseo deseamos favorecer para no poner obstáculos al Espíritu Santo, consultado previamente nuestro reverendísimo padre general y obtenida su venia, determinamos que en esta nuestra provincia se señalen o se funden de nuevo tres o más monasterios de varones y otros tantos de mujeres en los que se practique una forma de vida más estricta.*

La reforma de las religiosas agustinas fue promovida por san Alonso de Orozco, san Juan de Ribera y del provincial de Castilla fray Agustín Antolínez. La reforma de san Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, dio lugar a las agustinas descalzas con el hábito y Regla de San Agustín y Constituciones de Santa Teresa. La de san Alonso de Orozco dio lugar a las agustinas recoletas. El primer convento de agustinas recoletas fue el de santa Isabel de Madrid en 1589, siguiendo un breve reglamento dado por san Alonso. En 1603 el padre Agustín Antolínez, provincial de la provincia de agustinos calzados de Castilla, y la madre Mariana de San José, iniciaron en Eibar un segundo movimiento recoleto que absorbió al anterior y se extendió por toda España.

Mariana de San José llevó a las agustinas recoletas el espíritu de Santa Teresa de Jesús y el breve reglamento de san Alonso lo sustituyó por unas Constituciones más amplias y articuladas de la Madre Mariana. Sus rasgos distintivos son los del movimiento recoleto plasmado en la Forma de Vivir de los frailes: estricta clausura, silencio dos horas diarias de oración, frecuencia de la comunión, disciplina tres veces por semana, perfecta vida común, sencillez en el vestido y en las celdas, ayuno desde septiembre hasta Pascua, etc.

SUS PADRES

La Madre Antonia de Jesús, de seglar Antonia López Jiménez, nació en Pastrana (Guadalajara) el 12 de junio de 1612. Su padre, Francisco López de la Puerta, era natural de Granada. En su juventud había sido militar al servicio del rey y después vivía con su tío inquisidor en Madrid. Su madre Josefa Jiménez de Alfaro, era natural de Pastrana. Se crió en el seno de una familia noble muy religiosa y devota de los agustinos descalzos, con los que había establecido relación en 1589. Estudió en el Colegio de Doncellas de Toledo, donde permaneció hasta la edad de poder tomar estado. Después marchó a Palacio,

donde se encontraban unas parientes y un tío inquisidor de la Suprema. En la Corte conocería a su futuro esposo. Arreglado el casamiento, Josefa aceptó casarse, sobre todo por obedecer a sus padres, ya que ella deseaba desde niña, ser religiosa. Se establecieron en Pastrana y vivieron en casa de los abuelos maternos, donde Antonia vivió hasta los nueve años en que toda la familia se trasladó a Granada, de donde era natural su padre. Ambos tuvieron en total 15 hijos, siendo Antonia la mayor.

De los 15 hijos, seis se entregaron al servicio de Dios, 5 religiosas y uno religioso. Además entró religiosa su madre Josefa. En la casa de Albaycin de Granada rezaban en familia, se leían las vidas de los santos y cada uno de los hijos tenía obligación de asistir a uno de los pobres que los padres habían tomado bajo su protección. En el Albaycin había un convento de agustinos recoletos con los que se relacionaron. En Granada había en total unos 220 sacerdotes diocesanos, 585 frailes. También había 1.200 religiosas, de las que eran 622 monjas, repartidas en 32 conventos.

VIDA RETIRADA

Antonia, ante la negativa de sus padres de dejarle irse de religiosa por ser la mayor de los hijos y la necesitaban, decidió retirarse en su misma casa como si fuese una ermitaña. La decisión fue influida por la lectura de un libro de Santa Teresa de Jesús, que la animó a dejar todo lo que fuese gala y vanidad. Tenía entonces 19 años. Sus padres le asignaron una habitación apartada de la casa, donde permaneció 11 meses sin apenas hablar con nadie, excepto con su madre cuando le preguntaba alguna cosa. Allí le llevaban la comida y se la ponían al pie de una escalera donde estaba su cuarto y allí la tomaba. Solo salía de su habitación para ir a misa. Su padre la solía saludar diciéndole: *Señora vecina, la muy retirada, ¿cómo le va?*

Antonia empezó a pensar en serio en tomar el hábito de beata o terciaria de alguna Orden. Cuando se confesaba y contaba este deseo a su confesor, cada uno, según su Orden, la invitaba a ser de su misma Congregación. Un día llegaron unas visitas a su casa y su padre le pidió que les leyese la vida de un santo del libro *Flos sanctorum*. Ella, al abrir el libro, apareció la vida de santa Mónica y sintió un grande ánimo de tomar el hábito de los agustinos descalzos (recoletos). Ella quería un convento donde se viviera la vida religiosa con radicalidad, que entraran sin dote, que no tuvieran nada propio, ni el convento tuviera rentas; y con dos horas mínimo de oración y algunas penitencias en el comer, vestir etc. Por eso, no quiso entrar en un beaterío de agustinas, que ya existía, porque llevaban tocas finas, calzaban chapines y tenían cosas propias.

HÁBITO AGUSTINIANO

De momento decidió tomar el hábito agustiniano. Lo recibió el 24 de junio de 1634, y siguió viviendo en casa de sus padres. El 19 de agosto de 1635 hizo su profesión de manos del padre Antonio de san Eusebio, presidente de los agustinos descalzos (recoletos). Ella deseaba pertenecer a un convento de agustinas descalzas o recoletas, para poder llevar lejos de su casa una vida de oración, penitencia, silencio y clausura. Rezó mucho al Señor para que la iluminase sobre su futuro. Cuando salía de casa para ir a misa, se encontraba con varias jóvenes que querían seguirla en su ideal. Las dos más cercanas eran su hermana Josefa de 13 años y su prima Eugenia de 14. Otras la importunaban a aceptarlas para vivir juntas. Aceptó a su hermana y prima a vivir con ella y llevaban una vida de oración y penitencia como si fueran religiosas mayores. Un día quiso hacer un altar y le pidió a sus hermanitas pequeñas que le ayudasen a traer piedras y ladrillos. Cuando ya estaba el altar, puso sobre el altar una imagen de la Virgen rodeada de flores y luces, y anota: *Luego nos pusimos todas las obreras de aquel altar a decirle a Nuestra Señora letanías y oraciones y a mí me parecía que estaba nuestra Señora muy gustosa y, estando yo en este sentir, empezaron las más niñas a decir: “Hermana, hermana, mire cómo se ríe nuestra Señora”*. Y después se lo contaron a todos los de la casa. Yo bajaba todos los días de mi retiro y nos juntábamos en la pieza en que quedó el altar, y allí rezábamos el rosario y letanías y me consolaba mucho, porque me parecía que por las oraciones de aquellos angelitos, me oía a mí, Dios ¹.

Y nos dice: *Iban aumentando mis deseos y ansias de tener dónde estas almas se recogiesen y no cesaba de pedirlo a Dios que lo dispusiese*. Poco a poco perdió el miedo a salir de su casa y abrir una casa que podía ser un futuro convento de agustinas descalzas. Su padre, que antes se oponía, ahora era entusiasta de una fundación y le prometió todo su apoyo.

FUERA DE LA CASA PATERNA

Antonia, con ayuda de su padre, buscó una casa donde retirarse. El prior de los agustinos descalzos le cedió una casa propia de su comunidad y le entregó las llaves. La casa era pequeña, pero de momento decidieron aceptarla y allí comenzaron a vivir las tres. Tenían la Regla de las monjas agustinas recoletas, escrita por el padre fray Agustín Antolínez y perfeccionada por la Madre Mariana de San José. Además de sus dos horas de oración acudían todos los días a misa a la iglesia de los agustinos recoletos.

¹ Tratado 2, pp. 17-18,

Después de unos meses, una de las muchachas que habían recibido quiso abandonar esa vida. Le aconsejaron a Antonia que moderara la austeridad en las comidas y en las penitencias. Aceptó lo de la comida, pero no quiso rebajar las horas de oración y penitencias. Esto hizo que los frailes recoletos se indispusieran con ella. Sin embargo no cedió, porque, si no podía llevar su vida de oración y penitencia, prefería irse a vivir a casa de sus padres. Un día su confesor, el padre agustino fray Alonso, le dijo que ese mismo día dejase todo y se fuera a casa de sus padres definitivamente.

Pero el Señor intervino y dos horas antes de cumplirse el ultimátum, apareció una beata de la Trinidad descalza, que traía consigo una moza que quería entrar en esa casa de Antonia. Y el confesor, fray Alonso, que era su primo, rectificó la orden. A la moza le dieron el hábito al día siguiente, pero le dio muchos problemas a Antonia, porque era de más edad y como prima del confesor se quería imponer, aparte de que tenía un carácter poco normal. Siguieron viniendo otras jóvenes y pronto se hicieron conocidas en Granada por su buen espíritu, además de darles lo suficiente para vivir, ya que no tenían rentas. Por todo esto, ella afirma: *Era tanta mi certeza de que había de ver el convento hecho, que no podía dejar de darlo por hecho y así prometía desde entonces el ir a hacer otro en otra parte y esta certeza me duró hasta verle por los ojos, y que había de hacer otro también la tuve*².

Como la casa era muy pequeña, su padre consiguió otra cerca de donde estaban y se decidió irse el día de san Francisco de Paula. Esto que parecía imposible se lo pidió al Señor para que se realizara en ese día. De hecho, todas las dificultades se allanaron y nos dice: *Ese día fue mi padre a mí y me dijo: “Ea, Antonia, Esta noche habéis de entrar en vuestra casa y dar principio a vuestro convento”*. A mí me causó mucho asombro el ver a mi padre tan determinado sin haberle yo dicho nada de lo que tenía en mi corazón³. No se llevaron las camas, solo un santo Cristo y una imagen de Nuestra Señora y una cruz muy grande, que ella había hecho para que fuese su guía.

² Tratado 2, p. 18.

³ Tratado 2, p. 21.

EL DEMONIO EN ACCION

Y apenas su padre volvió la espalda, cuando nos hundían la puerta y las ventanas y los tejados a pedradas con tan grande estruendo como si hubieran juntándose muchísima gente a apedrear la casa y derribarla. Si esto fuera cosa natural, como que fuesen personas humanas, no era posible dejarlo de ver mi padre, pero después nos certificó que no vio en todo aquel sitio a ninguna persona y lo mismo nos dijeron dos mozos que habían venido con mi padre y después se volvieron con él. Fue este un estruendo tan temeroso que no lo olvidaré en mi vida. Mi prima de 15 años, mi hermana de 14 y la hermana Eugenia de Jesús, cuando oyeron tan grande estruendo empezaron a dar gritos y a asirse de mí. Yo tuve mucho ánimo y llevaba en la mano un santo Cristo y les dije: “Callad, hermanas, que este Señor nos librará”⁴. Evidentemente para ellas fue algo sobrenatural, obra del demonio, que con el permiso de Dios quería amedrentarlas, porque sabía todo el bien que aquella fundación iba a hacer en el futuro.

VIDA AUSTERA

Señalamos a cada una su celdita y pudimos estar cada una en su celda aparte con un raro silencio, porque no hablábamos unas con otras, sino el domingo. Nuestra comida era lo más ordinario pan y agua y el día de mucho regalo hierbas cocidas y, aunque mi padre nos enviaba otra cosa como pescado o huevos, gastábamos poco en casa, porque se daba a los pobres... Íbamos todos los días al convento a misa, mientras no tuvimos misa en casa y esto era con tanta modestia... que no miraban a nadie. En la iglesia no hablaban con nadie, si no era con el confesor que les daba licencia para que recibiesen a Nuestro Señor todos los días, que por este medio conseguían la fuerza y fortaleza que tenían⁵.

SANACIÓN MILAGROSA

Un día le dio a la hermana Eugenia un gran mal del que estuvo tres días sin comer y con mucho descaecimiento y, viéndola muy caída y sin fuerza, me dio un impulso de hacerle un regalo y él fue tal que más era para que sobre el mal que tenía le diese desmayo y la ocasionara mucho mal, pero como Dios es fiel y yo no podía buscarle otro por ser tarde en la noche, tomé y calenté una poca de agua y allí desleí una poca de harina sin cerner y sin aceite, porque no le teníamos. Solo le eché una poca de sal y muy mal cocido por ser poca la

⁴ Ibidem.

⁵ Tratado 2, p. 23.

comodidad para cocerlo y me fui a ella con aquel engrudo que más era para pegar con él papeles que para gustarle en el paladar. Ella estaba con mucha calentura y tan descaecida que no podía abrir los ojos. Levantó la cabeza y dijo que no estaba para poder comer nada. Yo le dije que lo comiese y vería cómo le abría la gana de comer y estaría buena. Ella, por obedecer, tomó unas cucharadas y le pareció ser así y se comió todo el plato que llevaba y fue menester darle más, de suerte que ella acabó con el tal guisado, que no nos dejó a nosotras nada. Y al otro día amaneció buena y no se veía harta dando gracias a Dios, que la había sanado y yo se las di muchas, porque fuera para mí entonces de mucho embarazo el que pasara adelante su enfermedad ⁶. Esos son milagros de Dios para quienes confían plenamente en él en medio del desamparo humano.

PIDIENDO LIMOSNA

Fue creciendo la comunidad y afirma: *Fue fuerza que creciera el gasto que, mientras fuimos pocas, mi padre nos socorría y, como su posible era poco, no pudo para mucho y sí me fue fuerza el salir a buscarlo. Aquí fueron de veras las luchas y los trabajos interiores, porque el día que había de salir me daba tan gran tedio y ojeriza el salir de la quietud que lloraba muchas lágrimas y tomaba el manto y me lo ponía y luego me volvía a sentar con él sin saber por dónde había de ir para salir de casa. A veces, después de haberme determinado a bajar las escaleras, en medio de ellas me sentaba a llorar.*

Permitía nuestro Señor que así que las personas de las casas donde iba me veían, era tanto el gozo que manifestaban de verme que yo me espantaba mucho y le daba gracias a Dios. Dios les movía a que me diesen lo que había menester y era esto de suerte que algunas veces Dios los movía a darme lo que necesitaban aquellas siervas de Dios a quienes yo servía por su amor. Sucedióme muchas veces que me daban cosas que yo casi las repugnaba por parecerme no las había menester y, entrando en casa, hallaba que eran muy necesarias y alababa a Dios por ello y me alentaba en la esperanza de la providencia de Dios de tal suerte que les decía a las compañeras: “Hermanas, no tienen que temer que les falte nada de lo temporal, que Dios las está cuidando” ⁷. Sucedíame muy de ordinario que todas las personas que no me habían tratado, sin hablarlas, solo con verme se me aficionaban y sin saber si había menester las cosas que ellos podían, me las daban en especial era esto con mujeres que del trato con hombres yo me recataba.

⁶ Ib. p. 24.

⁷ Tratado 3, p. 32.

LIMOSNAS GENERALES

Acuérdome que un día llegué a una tendera de la plaza a comprarle una poca de fruta, y ella me miró a la cara y con gran cariño me dijo que me tomase los dineros, y que mirase dónde podía acomodar para llevar mucha más fruta de la que yo pedía, y me encargó mucho que todos los días viniese a su tienda que quería darme la fruta que pudiese; entonces le dije que Dios la movía a ello, porque la hacía saber que yo cuidaba de unas santicas religiosas. Y ella se holgó mucho y fue tan perseverante, que más de catorce años sin cesar nos hizo grandes limosnas. Tenía mucho caudal y naturalmente generosidad en el ánimo y así fueron grandes los socorros que nos hizo, y se lo pagó Dios muy bien que, siendo así que estaba metida en muy grandes ofensas de Dios, la sacó Su Majestad de ellas, y fue después muchos años alma de grande oración, y de recibir todos los días a Nuestro Señor, y fue de grande edificación en su vida que, estando como estaba en su oficio de tantas ocasiones, se portaba como si fuera una religiosa muy perfecta, y murió con gran opinión de virtuosa.

Otra vez, llegando a comprar un poco de pescado, me sucedió con la pescadera otro tanto como lo que tengo dicho, y fue de suerte que ella fue causa de que otras se moviesen a otro tanto con que en muchos años nos sustentaron de pescado sin interés ninguno, y también con mucho provecho de sus almas, en especial una que se adelantó en la caridad conmigo, y me daba muchas cosas además de pescado. Y a mí me daba siempre que me daba la limosna un afecto grande presentarle aquella limosna a Nuestro Señor por el remedio de su alma; no sabía yo que estaba en graves pecados metida, sino sólo que Dios me daba aquel motivo eficacísimo de pedir por aquella limosna, el bien de su alma, y a pocos días se me descubrió y me dijo cómo estaba en aquellas desdichas y fue tanto mi dolor que no dejaba un punto de pedir a Dios la remediase. Lo hizo Su Divina Majestad como quien es, que muy apriesa la sacó de estas desdichas y la dio tan grande luz, que dejó de ser pescadera y se retiró y se echó un hábito de beata del glorioso San Francisco, y fue tal su vida, que fue ejemplarísima mujer; a mí me consolaba mucho su santa vida. Otra vez otra tendera hizo lo mismo conmigo y Dios Nuestro Señor se lo pagó de suerte que ella y toda su familia se convirtieron a Nuestro Señor y murieron con mucha opinión de buenos cristianos y siervos de Nuestro Señor. No puedo dejar de decir un suceso que me pasó con esta gente: supe que el padre de esta mujer, que era hombre mayor, había treinta años que no confesaba. A mí me dio gran pena, e hice que lo encomendasen a Dios mis compañeras, y yo le ponía la limosna que me hacía su hija y él delante, y le pedía que por ella diese luz a aquel hombre. Fue Dios servido que tuvo tal impulso que se confesó, y después se retiró de los tratos que

tenía y se dio a la virtud, de suerte que todos los días recibía a Nuestro Señor, y un día, acabado de recibirle, se quedó muerto. Otro hombre muy principal, viéndome cargada de las cosas que estas tenderas me daban, se edificó tanto que se dio a hacerme muchas limosnas, y Nuestro Señor se lo pagó muy presto, porque según él me dijo estaba en muy mal estado, y por algunas palabras que Nuestro Señor quería que yo le dijese se compungía tanto que proponía dejar la ocasión, y no acababa de poderse desasir, hasta que un día tomó un libro y en él halló las misericordias que Dios hace a las almas por premio de la limosna, y consideró en sí que el hacerme limosnas a mí era muy bueno; mas si no salía de los pecados en que estaba, que no obligaba a Dios para que le hiciese aquellas misericordias, conque se vino a buscarme y darme cuenta de lo que pasaba, y yo le persuadí se confesase y que se valiese de los sacramentos para tomar fuerzas para salir de sus desdichas. Hízolo así y presto experimentó la gracia del Señor, que no sólo salió del mal estado, mas fue su vida después que fue confusión mía y llegó a estado de recibir de Nuestro Señor grandes misericordias y tantas que muchas veces lo veían en su casa arrobado en la oración ⁸.

Hízome Dios una merced mayor y fue que cuando yo empecé a salir a pedir limosnas no tenía veintitrés años cumplidos, y decían que no era de mal parecer. Quiso Nuestro Señor que ni de noche ni de día, no se atrevió ningún hombre ni a decirme palabra, ni aún a mirarme con malos ojos, y fue cosa tan singular esta, que después de algunos años tomé a traer una compañera conmigo, y siendo de tantos años más que yo, que podía ser mi madre, la solían los hombres decir cosas, y si era de noche la tiraban del manto, y yo a su lado daba gracias a Dios de que me debía encubrir que no me viesen, y le decía yo a Nuestro Señor: “Si esto me sucediera a mí, Señor mío, yo no saliera”; y la compañera se espantaba y decía: “¿Qué es esto que dejan de hablar con la moza y hablan a la vieja?”.

AYUDA SOBRENATURAL PARA LLEVAR PESO

Sucedíome a los principios que iba por la plaza en medio de la tarde, e iba tan cargada, que por detrás y por delante llevaba tan grandes bultos que no era fácil el poderme valer de mis manos. Llevaba entre las cosas que habían dádome unas escobas, y ellas no debían ir muy asidas a la correa, que era donde yo asía las talegas de las cosas, y cayéronse las escobas junto de unos caballeros, que desde muy antes que llegase a donde estaban habían puesto los ojos en mí, y me miraban con grande atención, y me parecía a mí que estaban admirados de ver que una mujer de mi edad, y del porte que parecía, se cargase en mitad del día de tan grandes cargas; pues como las escobas se cayeron, y yo

⁸ Tratado 3, pp. 33-34.

no tenía manos para poderlas levantar, que iban tan cargados los brazos con canastas y cenachos que no era posible. En fin, estos caballeros se bajaron y me ayudaron con grande edificación a poner las escobas a donde no se cayesen. Me pareció que aunque aquellos caballeros no me conocían, ni sabían mi ocupación, que les dio Dios grande edificación, y a mí me dio tan grande honra que sentía yo en mi corazón que no la trocara por todo lo que tiene el mundo. Tenía una casa de una sierva de Dios en donde dejaba a guardar todo lo que me daban, y a la noche, en dándome lo que le había dejado a guardar, le parecía a esta sierva de Dios que no era posible que yo lo pudiese llevar, y me lo decía y hacía grandes exclamaciones muchas veces diciendo: “No es posible, no es posible que pueda”; y a mí me lo parecía, mas en cargándomelo no me parecía posible menearme, y alzaba el corazón a Dios pidiéndole que me ayudase, y Su Majestad lo hacía, que luego que empezaba a andar me parecía que yo iba encima de la carga que llevaba, porque no sentía que andaba ni me cansaba, siendo muy lejos y tan grandes cuestras, como saben los que conocen el sitio donde estaba nuestra casa ⁹.

Una tarde me acerqué a la vendedora de frutas y la movió Dios a que me cargase de suerte de diferentes frutas que un mulo muy fuerte no pudiera llevar más, y ella misma después de haberme cargado lo dijo: No es posible que un mulo pueda llevar lo que la he cargado”. Púsome ella misma un alfiler en el manto por la barba, porque yo no tenía manos para poderlo tomar, luego me preguntó que si me podría menear y andar, y cierto que tuvo razón en dudar que pudiese andar con lo que me había cargado, porque ella desocupó cuatro canastos muy grandes: uno de membrillos, otro de melocotones, otro de granadas y otro de manzanas y en talegas que me puso atadas a la correa por las espaldas, y en el enfaldo del hábito, y en canastas en los brazos, me acomodó todo esto, sin otras cosas que yo llevaba antes de llegar a su tienda. En fin, yo empecé a andar con esto tan paso a paso, que apenas podía mudar los pies; parecíame a mí que era imposible el poderme menear, y esperaba que Nuestro Señor me diese su ayuda; mas en esta ocasión no quiso sino dejarme sentir la carga de su Cruz.

Era a la oración cuando yo empecé a caminar con mi carga, y era muy tarde de la noche y no había llegado a mi casa, porque andaba poco a poco como si tuviera el cuerpo cargado de hierro y los pies trabados, porque el grande peso de lo que llevaba en el enfaldo no me dejaba menear, y como son tan grandes las cuestras que se suben para ir a aquel sitio, no dejaba de ser esto más pesado; dábanme impulsos de dejar algo de la carga, mas luego se me hacía escrúpulo.

⁹ Tratado 3, pp. 33-35.

Deseaba conocer alguna persona que yo pudiese decirle que me ayudase, y parecióme decírselo a un muchacho que encontré, ofreciéndole que se lo pagaría, y me respondió con mucho imperio: “Oye, ¿tanto le pesa? Llévelo”. A mí me pareció que el modo de responder y las palabras no eran de muchacho, sino de cosa más misteriosa. Así bajé la cabeza y proseguí hasta llegar a mi casa, a donde yo no podía llamar, porque no tenía manos para ello y con la cabeza llamaba hasta que me abrieron, y cuando me vieron, no acababan de admirar el que persona humana pudiese haber traído semejante carga, y fue de suerte esta admiración, que estando algunas dormidas, despertaban diciendo que cómo era posible.

Otras veces me ofrecían gavillas y leña en algunas casas y yo las tomaba y en dando la oración me las cargaba y las llevaba a cuestras en unos haces muy grandes. Lo que más me pudo mortificar, si no me hubiera dado Dios la estima que me dio del menosprecio, fue las idas a la pescadería, porque en entrando por ella me llamaban a grandes voces aquellas mujeres; y una me daba el pescado, otras me decían que no me fuese hasta que en la romana me diesen más; y como este género de gente de ordinario no tienen mucha cortesía, tuve en esto algo que ofrecer a Dios; mas en este sitio me parece que gané más honra que ganaría si fuese coronada por reina, y así lo sentía mi corazón, que era tanto mi gozo y lo que sentía de triunfo de las honras deste mundo, que no trocara yo este gozo por todos los que el mundo puede dar.

De ordinario entraba en este sitio sólo por amor de Dios, y porque aquellas criaturas no se enfriasen en la caridad que me querían hacer. Cargábanme de pescado como a un ganapán, y yo lo llevaba con gusto porque, además de a mis religiosas, sustentaba a muchos pobres vergonzantes que en el Albaicín, donde vivíamos, había muchos, y Dios nos daba para que los que venían fueran socorridos, que por esto de las limosnas que dábamos nos hacía Dios mercedes.

Una cosa se reparó, y fue con mucha razón, que trayendo tantas cargas de pescado, frutas y otras cosas, que de su naturaleza me habían de manchar, nunca me manchaba ni tenía mal olor, que el pescado ya se sabe que los trae consigo, y Dios lo hacía porque yo no tenía otro hábito ni otro manto para ir a la iglesia, que Nuestro Señor me daba también el deseo de ser pobre, y lo procuraba en lo que podía; mucho se debía Nuestro Señor de servir deste ejercicio, pues movía tanto los corazones de sus criaturas para que me ayudasen y diesen cuanto podía yo haber menester para el sustento de sus siervas. Yo tenía tanta confianza de que me lo daría, que les solía decir: “Mirad, hermanas, como vosotras tengáis necesidad de las cosas, no dudéis de que el Señor me las dará,

porque Él me ha dado poder sobre todo lo que yo viere que habéis menester”. Esto lo decía tan de veras, que no me parecía que había cosa más cierta ¹⁰.

EL DEMONIO OTRA VEZ

Sucedió que Antonia quería ir a una casa religiosa de retiro por 40 días (dos veces al año) y 3 días antes les tiraban piedras sin saber quién ni de dónde. Y no las dejaban tranquilas ni de día ni de noche. Y esta era en la parte que Antonia iba a habitar. Al principio tuvo un poco de temor, porque parecía cosa del demonio. Y nos dice:

Me determiné ir, y a todos les parecía era mi ánimo más que de mujer. En fin, fui a mis ejercicios, y no cesaban las piedras, ni el alboroto de las religiosas, y de los padres del convento, que venían a consolarlas y asistirías.

Sucedió que una noche juntaron los religiosos muchos hombres seglares, y con unas escaleras subieron por las murallas, y con las espadas desnudas y linternas iban buscando a ver si hallaban quien tirase las piedras, pues como yo estaba en mi cuevecica metida, arrimada a una cruz grande que tenía, y ellos no sabían que yo estaba allí, así que con la luz de las linternas que llevaban me vieron, se fueron hacia mí para herirme con las espadas pensando que habían hallado algún ladrón; mas a mí no me dio ningún temor. Púseme un velo en el rostro para que no me conociesen, por excusar el que me tuviesen por virtuosa, que los seglares luego les parece que son santos los que hacen cualquiera cosa que les parece ser más que lo ordinario. Habléles luego, porque ellos se llamaban unos a otros diciendo: “Venid, venid, que aquí está”, y sin menearme del sitio en que estaba les dije que cómo no habían dicho las religiosas que yo estaba allí. Quiso Dios darles tan grande edificación, que fue para alabar a Dios el verlos, y permitió Su Majestad que allí mesmo experimentaban el oír las piedras, con que se desengañaron que no podía ser yo quien las tiraba; pudiera ser si no lo vieses por sus ojos, quedar pensando el que quizás las tirara yo. Mas luego se siguió, por la subida de estos hombres, el cundirse por la ciudad que habían visto a una santa que estaba en una cueva haciendo penitencia, y que el demonio la quería asombrar para que no estuviese allí. Mas quiso Dios que como no me conocieron, no decían quién era.

Después de algunos días, como vio el desventurado demonio que a mí no se me daba nada, cesó de apedrear el sitio y permitió Dios que una noche, cuando estaba más fuerte en mi propio juicio, tembló la tierra y la torre se dividió en dos pedazos, y a mis pies cayó grande máquina de terrones y piedras,

¹⁰ Tratado 3, pp. 36-37.

y fue tal mi ánimo, que siendo esto a prima noche, que podía bajarme y huir de aquel peligro, no lo hice por no dejar mi amada soledad; y por la mañana, no bajé hasta que eran dadas las nueve, que era la hora en que yo dejaba de estar en la oración. Fui al convento y díjele al confesor lo que pasaba, y él me mandó que no volviese más a la torre. Yo le obedecí, y me fui a mi casa, y así como entré en ella se cayó la torre; con que quedé desengañada de que Dios ya no me quería en ella, sino sacarme a mayores cuidados y asistencia de la obra que había comenzado, como después se vio ¹¹.

MARITARDÍA

Iba creciendo la familia del Señor, porque Él iba trayendo almas muy escogidas de Su Majestad; y las que Él quería no había más resistencia que el hacerlas yo muchos exámenes de su vocación que, aunque no tuvieran ni aun con qué poderles comprar los hábitos, no era esa cosa que les impidiese su entrada, como yo tuviese satisfacción de que eran hijas de buenos padres y que con veras venían buscando a Dios, y Su Majestad me las iba dando como de su santísima mano.

Hubo una doncella muy hermosa, que su hermana no quiso que se viniese con nosotras y se quedó, con tener tan buenos deseos, en el siglo sin responder a las inspiraciones de Nuestro Señor. Su hermana menor, se vino con nosotras con mucho fervor.

Después de haberse retirado de mí, quedé yo con tan grandes deseos de que Dios me diese aquella alma, que noches ni días no cesaba de pedírselo a Su Majestad; y como su hermana seglar no quería que yo entrase en su casa, le rondaba la puerta, como si fuese su galán, mirando a las ventanas, y algunas veces rodeaba muchos pasos para poder pasar por su puerta por si la podía hablar. Anduve cuatro años desta suerte, hasta que quiso Dios que su hermana se desenojó y me dio entrada, y con esto la veía y amonestaba, y ella era de tan dócil natural que, luego que la hablaba algo de desengaño, se enternecía y lloraba. Pasaron muchos lances de intercadencias de querer y no querer, y yo trabajaba sin cansarme, así con pedirle a Dios como en procurarla animar; llamábala Maritardía, por decirla en gracia que era detenida en responder a Dios. Muchas veces la llevaba yo misma a confesores santos para que la animasen. En fin, un día me acuerdo que pasando cerca de un altar donde estaba el Santísimo Sacramento le dije con grandes ansias: “Señor, dadme este alma, que yo me ofrezco a pasar, porque me la deis, los trabajos que Vos fuereis servido”.

¹¹ Tratado 3, pp. 39-40.

Parece que Nuestro Señor aceptó la ofrenda y luego me dio apretados trabajos interiores de oscuridades y aflicciones, de temores y confusiones, y de otros géneros, y a pocos días me la trajo Su Majestad, y fue de esta manera. Estando en los Oficios de Viernes Santo, entró por la iglesia esta criatura, con tan gran bizarría, que se llevaba los ojos de todos, porque su natural composición de hermoso cuerpo y talle era muy bizarro y el rostro lo era con extremo; estaba yo con mis religiosas cerca del altar Mayor, y como había mucha gente, costóle algún trabajo llegar a donde estaba yo. Y venía tan desalmada que no tenía espera a que se levantasen para pasar. Cuando yo la vide la dije, ¿qué es esto Maritardía, a que has venido? y ella me respondió: “Ya me vengo a la Casa de Dios”. Yo le dije, ¿cómo vienes? Me respondió: “Peleando por Dios, que quien no pelea no merece”.

Llevémela a nuestra Casa, y como era Viernes Santo, luego que comimos, nos entramos en el oratorio a tener desde las doce a las tres oración, en consideración de que Cristo Nuestro Señor estuvo aquellas tres horas en la Cruz, y entrárnosla a ella para que también nos acompañase, y después decía que en aquel primer acto de Comunidad la dio Dios mucha terneza. Después a la tarde fuimos a las Tinieblas, y así que entramos en la iglesia, se le arrió una mujer, y sin poderlo remediar la estaba persuadiendo para que se volviese a casa de su hermana. Yo acudí a Dios y le dije a Su Majestad que Él lo remediase, y acordéme que era muy medrosa de los truenos, y pedíle si era servido enviase algunos. Fué servido, que en un instante se levantó una tempestad y empezó a tronar, en especial fue el primer trueno espantoso, y ella así que lo oyó se levantó corriendo y se asió de mí y me dijo: “Madre mía, qué es esto que Dios me quiere castigar porque ya flaqueaba en el propósito bueno que hoy traje”¹².

Yo me consolé mucho de ver que Dios la había librado de aquel peligro. Al otro día, Sábado Santo, se levantó a tener oración con la comunidad, y decía ella que aquel día la puso Dios en oración de suerte que no tuvo necesidad de enseñanza para ella. Yo le dije, acabando de salir de oración, que si estaba gustosa en la casa de Dios, y me respondió que mucho, y díjela que si tendría ánimo de cortarse el cabello por amor de Dios, y díjome que sí; con que yo tomé las tijeras y se lo corté, y fue obra de Dios el hacerlo, porque fue atarla una cadena para que no volviese atrás, porque después se le ofrecieron tantos combates, que hubo bien menester ternerse atada a los cabellos. Cuando su hermana supo que se había venido con nosotras, que fue poco después, vino como águila herida, dando fuertísimas voces que le diésemos a su hermana. Ella se resistió con valor.

¹² Tratado 4, pp. 42-43.

No paró aquí la persecución del enemigo, que él buscó otro ardid más disimulado; y fue que un canónigo de la iglesia de Granada, dio en irla a persuadir que se metiese monja en la Encarnación, que es convento muy recogido aunque es de calzadas, y decíale que él le daría la dote y las cosas necesarias, y que estaría mejor desde luego monja que profesase al año, que no esperar a que aquella casa fuese convento, que podría ser no lo fuese nunca, y que para su natural era mejor asegurarse desde luego con tener estado permanente que no estar sin él. No podía yo remediar el que esto se lo dijese a ella, porque la primera vez le echó el veneno el canónigo, haciéndonos una visita de aquello de venderse por muy amigo, después se valía de las personas que nos trataban, y fueron al confesor, y a todos les parecía era obra de Dios aquel negocio, y a ella y a todas las religiosas les parecía, y casi la ponían en escrúpulo si no lo ponía por obra. A mí me puso Dios tanto conocimiento de que era el demonio que sin poder sosegar me afligía, y ella estaba ya determinada; y parecía ya no había remedio humano para atajar aquel peligro. Yo clamaba a Dios y le decía: Señor, ¿cómo es que después de tanto como me ha costado esta alma no puedo librarla deste peligro? Libradla Vos, Señor. Y un día fue tan grandes mis ansias, que pasando por delante de una imagen de Nuestra Señora, que está en la puerta de las Orejas de Granada, alcé los ojos y el corazón a Ella, y le pedí que pidiese a su Santísimo Hijo enviase una gran tempestad, y que con ella diese luz a aquella criatura de cómo no la convenía salir de donde la había llevado. Fue servido, que luego al punto se empezó a levantar tan gran tempestad, que después casi yo me vi arrepentida de habérselo pedido a Dios, porque parecía era el fin del mundo. Estaba yo como he dicho fuera de mi casa, y cuando a la noche fui a ella, salió esta criatura a recibirme toda temblando, y abrazada a mí me decía: ¡Qué falta me ha hecho, madre mía! Esta tarde he pensado ser muerta, que mi corazón aprendió que esta tempestad la enviaba Dios para hundirme porque no le daba crédito a los consejos que mi madre me da, y así he hecho votos de tomarlos y de no salir de esta casa ni dar lugar a que se hable desto. Yo le dije: “Hija mía, yo le he pedido a Dios esto y me lo ha concedido, y presto verás cómo todas eran trazas del enemigo para sacarte de aquí y que no tuvieras ni lo uno ni lo otro”.

A pocos días después se quedó muerto este canónigo sin testar, y ella no acababa de dar gracias a Dios y decía: ¡Mire qué hiciera yo si hubiera salido para que este hombre me diese dote y los gastos que son menester para entrarse monja! Perseveró después con gran consuelo, y tomó el hábito, y fue muy buena religiosa. Llamóse María de Santa Clara, que los destos tiempo bien conocieron sus muchas virtudes y talentos, pues por ella tuvo aquella casa los aumentos que hoy vemos, y por su hermana Elena de la Cruz que entrambas fueron esencialísimas religiosas para aquella casa ¹³.

¹³ Tratado 4, pp. 44-45.

LA CASA DEL CORPUS CHRISTI

Eran muchas las doncellas que venían a quererse recoger con nosotras y yo las deseaba favorecer a todas, pero temía mucho la muchedumbre, porque en mi juicio siempre donde hay muchedumbre de sujetos hay confusión y no hay la quietud y sosiego que donde hay pocos, y yo no hacía sino discurrir cómo podría yo hacer otra casa adonde pudieran entrar aquellas almas a servir a Nuestro Señor. Buscando casa me dio Dios luz de una casa, la más a propósito que se pudiese hallar en el mejor sitio de la ciudad; de mucha agua y de mucha vivienda, sólo el estar con necesidad de reparos, y por esta causa costó menos de lo que valía. Fue cosa milagrosa el querérnosla dar la persona que la tenía que era una señora viuda. La fui a ver, y le dije, cómo el Señor había menester de su casa, que se la alargase, que Él se lo pagaría. Ella se quedó admirada de ver mi determinación y me respondió que si Dios la había menester que la tomase luego. Con muchas lágrimas me dijo que había más de treinta años que vivía en ella, y que en este tiempo había tenido devoción de dar la casa a algunas santas beatas de limosna, y en particular habían muerto allí dos con grande opinión de santas, que le habían dicho, que Dios había de hacer de aquella casa un gran santuario; y, que una hermana suya monja muy santa, le había escrito, que en aquella casa había de hacer Dios cosas prodigiosas, y que siempre había tenido por cierto que había Dios de hacer algo, y que al pedírsela yo para aquel ministerio había visto ser ciertas las profecías ¹⁴.

El arzobispo estuvo muy dispuesto a dar licencia para la fundación del nuevo convento en la nueva casa dentro de Granada, pero el prior y el confesor y algunos religiosos que habían estado de acuerdo se echaron atrás y algunas de las religiosas de Antonia no querían dejar la casa de Albaycín para irse a otro lugar al centro de la ciudad ¹⁵. En esos momentos nos dice Antonia:

Le hice una novena a la gloriosa Santa Catalina mártir con gran afecto, pidiéndole me alcanzase de Nuestro Señor que me quitara aquellas ansias que me daban, si no era voluntad de su divina Majestad aquella mudanza, o que si era voluntad suya, moviese a la obediencia a que me diesen licencia. Tengo grandes experiencias de lo mucho que esta gloriosa santa alcanza de Dios, y

¹⁴ Tratado 4, pp. 50-51.

¹⁵ Tratado 4, p. 50.

aunque esta misma petición hacía yo a mi Padre San José, y en especial a Nuestra Señora, y a mi Padre San Agustín y a otros muchos, mas Dios quiso que yo en esta ocasión viese que la gloriosa Santa Catalina me ayudó mucho, porque el día que acabé la novena me remedió Nuestro Señor, pues subiendo yo aquella noche cargada, como solía, de las limosnas que me habían dado, me salió la hermana María de San José, que era la que yo dejaba por mayor cuando salía, a recibirme con grande orgullo y contento diciéndome, que aquella tarde había estado en casa el santo Juan de la Fuente, que era un gran siervo de Nuestro Señor, sacerdote, de quien toda la ciudad tenía gran veneración por ser muy santo y muy gran limosnero, y a nosotras nos hacía muchas limosnas. Era este santo de contrario parecer de la mudanza, y, a lo que pareció, Nuestro Señor le dio a entender que era su voluntad esta mudanza; y por haber sido una de las personas que habían ayudado a que las religiosas estuviesen de contrario parecer, escrupuloso de haber desayudado, vino a deshacer el yerro, poniéndolas tanto fervor en que no dudasen de que era de Dios la mudanza, y que había de ser por este medio muy presto convento. Con que la hermana María de San José, que era de las más terribles en la oposición de la mudanza, y la capitana de la contradicción, estaba tal que le parecía era tarde al otro día.

Díjome, cómo habían estado allí los padres, el Prior y el confesor, y que a todos les había parecido que pues este santo se había mudado y que ofrecía ayudar, que sin duda era del agrado de Dios, y que convenía. Con que a todas las religiosas las hallé contentísimas; y hasta muy tarde de la noche me estuvieron preguntando de la casa ¹⁶.

Un día subí al Sacromonte y vi salir por la puerta de la sacristía a un santo canónigo. Me dijo que fuese al confesonario y me manifestó: “Calla, calla, tonta, que Dios te quiere mucho, y Él te da esos deseos para que intentes esas cosas, que te parecen ahora han sido engaños; no son sino pensamientos de Dios, que quiere servirse de ti para hacer una obra de mucho agrado suyo, el demonio procura inquietarte. Con resolución te digo, que procures animarte, y en el nombre de Dios, prosigue en las diligencias que Él te ha de ayudar, y yo te ayudaré en cuanto se te fuere ofreciendo. Todos los días a tal hora podrás buscarme en tal iglesia, y me vas diciendo lo que se te ofreciere”. Yo quedé consoladísima, y huyeron de mí aquellos temores, porque sin duda fue este siervo de Dios enviado de Nuestra Señora para que me consolase; y así se vio después pues lo tomó por instrumento que por su medio tuviésemos hacienda para la fundación, que fue todo el remedio; y porque quizás importará para el servicio de Dios que yo diga el nombre de este santo, que después de muerto muchos años, hallaron su cuerpo entero, y con olor del cielo, lo tienen colocado en Toledo, donde murió, que por haberlo enviado a llamar el Cardenal para

¹⁶ Tratado 5, p. 55.

tenerle en su compañía, para tomar su consejo fue allá donde murió. Llamábase Don Alonso González de Aradillas; fue de los primitivos del Sacromonte, y de verdad santo varón. Y fue de muy gran provecho para las almas, y convirtió a muchas; fue para mí gran consuelo su ayuda, porque todos los días le procuraba ver y decirle lo que iba negociando para la casa, y así él, como el padre maestro Sarabia, me aconsejaron que no aguardase a que se hiciesen escrituras de la casa, sino que pues aquella señora que la vivía estaba tan fina a dárnosla, le dijese que nos diera lugar para entrarnos en ella, aunque ella se quedase dentro hasta que hallase comodidad donde irse. La santa señora, movida de Dios, dijo que sí, que viniésemos enhorabuena; y si no hubiera sido de esta suerte, ahora nos estuviéramos sin haberlo conseguido, por las grandes dificultades que tenía el hacer las escrituras y que ella se mudase por la contradicción de tantos.

En fin, cuando llegó la hora de Dios, fue sábado, víspera de la Pascua de Espíritu Santo, por consejo deste santo, y del padre maestro Sarabia, les propuse a las compañeras cómo ya tenía las cosas dispuestas para que nos bajásemos. De veinte que estábamos, diez dijeron que no querían dejar a los padres, ni aquel sitio, que ellas se querían quedar allí. Yo me acordé luego cómo yo había deseado hacer dos casas en aquel mismo sitio; y cómo por las contradicciones de las nuestras que entonces no querían bajarse conmigo, y por la que también habían hecho los religiosos, no había tenido efecto, y que quizás por aquel medio lo disponía Dios. Con que por entonces me consolé algo; porque a no haberme Dios ofrecido esta consideración, fuera grande mi dolor.

Fui a dar noticias al padre maestro Sarabia, y él se las dio al arzobispo, y me envió a mandar con él que luego al punto me bajase, aunque no fuese sino con una compañera. En fin, la víspera de la Santísima Trinidad, día de nuestra madre Santa Rita, a quien yo le había pedido mucho que me ayudase, se dispuso el que tuviera efecto, porque aquellos ocho días tuvo la Señora de la casa necesidad de despedir criados y criadas, y mucha gente de su casa para que nosotras entrásemos en ella. Fue esta mudanza el año 1643.

Bastará decir que las religiosas que bajaron, y las que se quedaron, eran pedazos de mi corazón; y que habiéndole de quitar a mi corazón la mitad, era fuerza me doliese.

El día dicho en la noche, se dispuso nuestra bajada. Yo había deseado que cuando bajásemos, bajásemos descalzas y con gran devoción. Parece quiso Dios que fuese así, pues después, por persuasiones de algunas personas, tenían prevenidos coches en que bajásemos. Fue tal el agua que llovió que no fue posible el poder subir coches por ser tan ásperas las cuestas y estar con el agua

*resbalosas, y así determinamos que todas bajásemos como en procesión de dos en dos*¹⁷.

ENTRADA EN LA MISMA CASA

En fin salimos, como he dicho, en procesión. Y era tanta la emoción de los que nos encontraban, que sin saber quiénes éramos se descubrían las cabezas, y algunos se hincaban de rodillas; pareciéndoles era cosa de Dios. Como íbamos con tan gran silencio y con tanto orden, Dios los debía mover; porque de verdad que iban los corazones de todos los que iban en la procesión, muy puestos en Su Majestad, y con grandes deseos de servirle.

Llegamos a la casa, y la señora nos salió a recibir, y parte de su familia, que todavía no se habían ido todos, y entrando por el patio, a la subida de las escaleras, tenía en la pared pintado un Santo Cristo Crucificado muy devoto, y allí todas, y los que nos acompañaban hicimos oración. El santo sacerdote que nos acompañaba empezó el Te Deum Laudamus y nosotras le ayudamos con gran devoción y consuelo de todos. Fuéronse los que nos acompañaron, y quedamos nosotras con aquella señora, que nos agasajó mucho; y estábamos tales que siendo así que de la gran pena que habíamos padecido de dejar a nuestras compañeras estábamos todas en ayunas y no pudimos comer bocado, porque estábamos traspasadas, y aunque yo las alentaba y me animaba, podía disimular poco mi pena. Pedí a las compañeras que se levantasen y fuesen viendo la casa. Ellas lo hicieron y a todas nos parecía que la casa se estaba cayendo, y que donde poníamos los pies se nos hundían, y no osábamos menearnos. Yo sentía este ejercicio muy sensible, y no osaba decirlo por no atemorizar a las otras, que aunque no me decían lo que sentían, lo conocía yo por el temor con que andaban.

Durónos el hecho de entender que se caía la casa y no osarnos menear, algunos días, hasta que Dios le quitó al enemigo la licencia de que nos ejercitase. Debía de querer que, atemorizadas, nos desconsolásemos y dejásemos la obra del Señor.

Al otro día, que como he dicho era el de la Santísima Trinidad, vino el Licenciado Bernardo de Santa Paz, para ver si habíamos menester algo; y entre él y una santa mujer que supo nos habíamos bajado, pusieron un oratorio con

¹⁷ Tratado 5, pp. 56-59.

toda decencia, que nosotras estábamos tales que no era posible el podernos menear.

Dijo misa el santo sacerdote y diónos la sagrada comunión, y luego que los padres calzados lo supieron, nos envió el Prior un sacerdote que también nos dijo misa, y nos consoló mucho, y en todas cuantas cosas se nos ofrecieron, nos ayudaron e hicieron grandes favores, en especial el padre maestro fray Alonso de Castilla y el padre maestro fray Ignacio de Vitoria; y todos los padres graves que en aquel tiempo vivían en aquella Casa se esmeraban al que más podía favorecernos, así en lo espiritual como en lo temporal; y a su ejemplo de los más graves, los que no lo eran, de suerte que yo tuve por favor de Nuestro Padre San Agustín aquella moción.

El Padre Provincial, que entonces era Fray Juan Buitrón, no hay palabras para significar la caridad que nos hizo. Todos nos asistían como si fuesen nuestros padres, con gran caridad y cariño ¹⁸.

DIFICULTADES

Cayeron todas las compañeras malas de lo que habían padecido, y no había camas ni disposición para curarlas, porque las que teníamos eran pocas; y como nos partimos y se hizo dos familias, en la que quedó en la primera casa, se quedó casi todo; que solo trajimos lo que tocaba a ser forzoso para el oratorio y para las mesas del refectorio, por poner en forma de religión. De lo demás no se procuró porque, como he dicho, era poco, y por dejárselo a las otras vinimos con grandes descomodidades, y siendo así, padecimos la censura y perpetua queja por lo que bajamos, que al parecer de todos los que lo oían éramos crueles. A mí se me echaba la culpa, siendo así que todo lo que bajé a la casa segunda que hice si se vendiera no valía lo que importase para pagar las muchas deudas que había hecho para cosas de la casa. Y estas deudas, era fuerza pagarlas yo por ser a quien se habían fiado las cosas

Quiso Dios que aquella señora se quedase con nosotras para que nos socorriese de ropa y de otras cosas de menesteres de casa. Yo me veía afligidísima porque me hallaba muy sola, y no podía salir de casa para buscar lo que habíamos menester por no dejar a las pobreticas desconsoladas y enfermas, y si salía e iba a las casas a donde me solían socorrer, hallaba tantas cosas que se decían de mi determinación y de lo que algunos de los padres con el sentimiento que tenían decían de mí, que me fatigaba mucho, y volvía a mi casa sumamente afligida. Y me fatigaba más el que era fuerza el haber de dar

¹⁸ Tratado 5, pp. 60-61.

satisfacción, porque como eran personas que me hacían bien, no era justo dejarlas de decir cómo había sido buena mi intención, y con orden de los confesores. Porque todos estaban escandalizados y turbados con diferentes juicios. Unos decían que el demonio me había incitado para aquella mudanza para que la buena obra que había empezado no fuese adelante; otros, que forzosamente se había de deshacer todo, que de dónde había de tener yo para pagar casa de tan grande precio, y que todo había sido locura. Los padres de San Jerónimo, que administraban el patronato de la casa, se irritaron fuertemente, y hablaron a los de San Juan de Dios, cuya era la propiedad del patronato, para que se juntasen todos una noche, y viniesen y nos echasen de la casa. Yo no cesaba de pedir a estos dos santos que apaciguasen a sus frailes. En fin, una noche quisieron de mano armada, venir a echarnos y los de San Juan de Dios dijeron que ellos no querían disgustar al prelado, que estando el arzobispo tan en nuestro favor, se disgustaría mucho, de que nos hiciesen tan grande vejación y que ellos habían menester mucho al arzobispo, y no querían disgustarle; con esto unos y otros se aquietaron. Mas todas estas cosas de dichos y de varios sentires, turbaron tanto al santo Prelado, que se arrepintió de haber dado licencia; que éste fue el mayor golpe que pudo el demonio darnos, porque no teníamos otras áncoras de que asirnos, si no del favor que el arzobispo nos hacía, y faltándonos, según lo natural, era todo perdido porque no había ninguno de los amigos que no estuviese turbado con las cosas que se decían. Todos estribaban en que pues no nos habíamos bajado todas, sin duda no había sido voluntad de Dios la mudanza, y que yo había sido mudable e imprudente en semejante determinación. Llegó el caso a término que ya no había quién nos hiciese bien, y si no fuera porque mi padre nos socorría con lo que podía nos viéramos muy afligidas. A mí no me faltaba la confianza, que esa la tenía, grande en Dios pero me fatigaban las cosas que se decían de que había de deshacerse todo. Yo procuraba que las compañeras no supiesen nada porque no se turbasen, yo pasaba las tormentas muy a solas con Dios.

Movió Su Majestad a un santo canónigo de Santiago que estaba entonces en Granada llamado Don Fernando de Ávila, que era natural de Granada, y estaba muy achacoso y se había venido a curar a su tierra por mandato de los médicos.

Un día vino este siervo de Dios muy fatigado a mí, y me dijo que venía de hablar con el arzobispo, y que lo había hallado muy trocado. Que estaba arrepentidísimo de habernos dejado bajar a la ciudad, y que decía que no había de consentirnos que tuviésemos forma de comunidad, sino que estuviésemos como en una casa particular. Yo le respondí con mucho desahogo sin que me diese pena ninguna: “No tengo mi confianza puesta en el Señor arzobispo, sino en Dios, y Él me ha de ayudar; y si hoy ha dicho ese santo Prelado eso, mañana dirá otra cosa y mudará de parecer, que Dios es Todopoderoso para mudarle”.

Decíame después este santo canónigo, que fue tanto el consuelo que le dio el oírme, que le pareció entonces ser aquella obra verdaderamente de Dios, y que sin duda él había de favorecerla. Cumplióse así, porque el santo canónigo Don Alonso González de Aradillas, de quien arriba hice mención, le fue a hablar y le supo decir tales cosas, que se mudó el santo Prelado y le dijo que quería vernos a ver; que lo haría otro día, y que estaba con ánimo de ayudarnos mucho; y que mientras no nos veíamos, hiciese una visita por él para si se nos ofrecía algo. Vino el siervo de Dios con este recado gozosísimo, y cierto que puedo decir, que por sus oraciones mudó Dios el corazón del arzobispo, porque de verdad era santo ¹⁹.

VISITA DEL ARZOBISPO DE GRANADA

Vino, como lo tenía ofrecido el arzobispo, y no es decible lo que aquel día, y desde él, nos favoreció y consoló; él mismo dispuso a dónde se había de hacer la iglesia y poner el torno y el locutorio, y todas las cosas que eran menester para darle forma de convento a la casa. Venía acompañándole el santo canónigo Aradillas y dijo: ¡A usted encargo que asista a estas Madres por mí, y sea su vicario, dándome a mí cuenta de todo lo que se les ofrezca, que esta casa es mía y yo la he de cuidar como tal! Así lo hizo mientras vivió. Después vino el canónigo de Santiago espantado de ver la mudanza del Prelado tan repentina.

¡Bendito sea el Señor, que es Todopoderoso para todo lo que quiere! Después nos envió el santo arzobispo algunas limosnas y a los Padres de la Compañía de Jesús les encargó que nos asistiesen a confesarnos; y a un sacerdote muy virtuoso le encargó que nos dijese misas y nos asistiese, ofreciendo el premiarle, como lo hizo, que después por habernos asistido le dio un beneficio y le hizo otros favores.

Con haber visto al Prelado tan favorable, se fueron quietando algo los dichos de las gentes, aunque no de todos; porque con buena intención había quien deseaba nos enviasen a nuestras casas, y así lo intentaban.

SACERDOTE OPOSITOR

Un día me envió a llamar el Corregidor y me dijo que mirase que había ido a él una persona a pedirle que escribiese al Consejo para que a mí me enviasen a mi casa, y las que estuviesen conmigo a las suyas; y que le había dado algunas razones por causa, en mucho descrédito mío; que ya veía él que yo

¹⁹ Tratado 5, pp. 62-63.

obraba con sencillez; mas que por ser persona virtuosa, quien había ido con esto, podría hacerme mucho daño si lo dijese a otra persona que no me conociese como él me conocía. Era este Corregidor muy siervo de Dios. Llamábase Don Antonio de Inistrosa, natural de Ecija, y muy recién venido a Granada; yo no le había hablado más de una vez, sino que los que son buenos y santos, todo lo que ven lo hacen bueno.

Díjome que buscase una mujer que saliese conmigo y que fuese testigo de mis obras; que este sujeto que le había hablado ponía dolo en que andaba sola; y cierto que debió de ser para que fuese testigo de lo que después me pasó con él que Dios le permitió se lo dijese al Corregidor para que yo luego la buscase y viese lo que pudo su pasión. Hallé una santa mujer que me acompañase, aunque ella se cansaba mucho por lo que yo andaba que casi no podía trabajar tanto. En fin, un día entré en casa de una señora que me había pedido la viese, y estaba de visita el tal sujeto que había ido al Corregidor, y como me vio entrar se levantó y me dijo: “¿A qué viene aquí la embustera, sin duda para hacer algún embuste?”. Y volviéndose a la señora le dijo: “Mire, señora, no deje entrar a esta embustera en su casa”. Yo así que lo oí me arrojé a sus pies, porque era religioso y sacerdote, y díjele: “Padre mío, por amor de Dios, perdóneme si acaso lo he ofendido en algo que yo no sepa conocer, porque siempre lo he estimado mucho, y he deseado servirle”.

Y esto era así como lo decía, que al tal, lo había yo siempre querido mucho, y no me parece le di jamás causa para que me torciese el rostro, cuanto más para decirme tales cosas. Lo que mi corazón sintió en esta ocasión, no puedo yo decirlo. Parecíame haber hallado un gran tesoro, y de gozo no cabía en mí. Él al verme a sus pies se enojó más, y dijo: “Váyase de aquí la hipócrita embustera; que porque la tengan por buena hace esos ademanes”. La señora daba voces y le decía que se fuese de su casa a decir aquellas cosas, y que sin duda lo había Dios dejado de su mano. La compañera decía lo mismo; y yo estaba tan consolada, que me parecía haberme hecho Dios una gran merced; y como sentía tanto gusto en oírle, casi no podía levantarme de sus pies. Él se iba retirando a otra sala hablando sin cesar, enviándome a hilar, y otras buenas cosas, que a mí me sonaban entonces como si me diesen la enhorabuena de ser bienaventurada. Como se iba retirando, iba yo de rodillas tras él para no desviarme de sus pies; mas como vi a la señora tan afligida, y a mi compañera y a la criada de la señora, que todas daban voces contra él, me pareció salirme de la casa por no darle ocasión para que perdiese su crédito. Yo salí tan gozosa que el corazón no me cabía en el cuerpo y como si hubiera de repente hallado una joya muy preciosa.

Era esto cerca de la Ermita de San Gregorio, que está en la Calderería de Granada, y, porque la buena mujer que me acompañaba salió de tal susto y

pesadumbre que no podía dar paso, me hube de entrar en aquella ermita para que ella se reparase y se reportase.

Allí pedí palabra que no había de decir a mis compañeras nada de lo que había pasado; lo uno por no darlas pena y lo otro porque aquel sujeto no se desacreditase. Dióme palabra, y también de no decirlo a otras personas. La buena mujer estuvo muchos días mala en cama, de la pesadumbre que tomó; y a mí me dio Dios en esta ocasión fuerzas para otras, que hartas veces oí que estaba endemoniada y que era una loca y otras cosas, que quizás no pecaba quien me las decía porque no les daba Dios más luz de las obras que hacía; y como parecían temeridades mías así se arrojaban a decir su sentimiento.

CONVENTO E IGLESIA NUEVOS

Por medio de trabajos y afanes, se fue haciendo la iglesia que el santo Prelado dispuso y se puso todo en forma de convento, y Dios iba moviendo los ánimos para que nos ayudasen. Hizo Nuestro Señor muchas cosas con nosotras, porque de verdad iban creciendo aquellas almas con muchas virtudes, con la frecuencia de tan santos confesores que todas las semanas venían dos veces el padre Jacinto de Laras y el padre Pedro del Castillo, de la Compañía de Jesús. Ellos eran santísimos y apacibles e iban criando aquellas almas con gran consuelo mío y también el santo Aradillas, y el canónigo de Santiago con que el Señor nos hacía muchas misericordias a todas ²⁰.

Para continuar con la obra de la iglesia y su convento Dios fue servido de mover el corazón de una señora llamada Ana de Alarcón para que nos ayudase con su hacienda. Y un día me envió recado de que me llegase a su casa. Me estaba esperando juntamente con su marido y me dijeron entrambos cómo habían determinado hacer la fundación dando hacienda para ella y que me darían algunas posesiones considerables para ello y así que lo empezase a tratar con el arzobispo. Ellos no tenían hijos y así podían hacerlo.

Y ambos hicieron donación de un cortijo y de unas tiendas que todo valía muchos ducados y dieron orden de ensancharnos la iglesia a su costa que también les costó mucho. Diéronnos algunas cosas de importancia con que el arzobispo iba inclinándose a que fuese convento y nos hacía muchas visitas con gran cariño y asistía a los hábitos que se daban a las religiosas con que todos deseaban tener a sus hijas en nuestra casa. La señora vivió poco más de un año. Y en este tiempo

²⁰ Tratado 5, pp. 64-65.

venía a asistir a la obra de la iglesia y a animar a los oficiales (trabajadores) y aun algunas veces les llenaba las espuelas con sus manos de ladrillos y ripios ²¹.

Por fin se consiguió que el arzobispo enviase a su secretario para que bendijese la iglesia y se hiciese pública, pues hasta entonces había sido solo oratorio privado. Poco después, nos dice Antonia, *a nuestra patrona le dio una enfermedad gravísima de la cual murió. Yo la asistí día y noche, dando algunas vueltas a mi casa para la disposición y gobierno de ella, padeciendo mi corazón muchísimo por estar fuera de mi centro y el asistir con el cuerpo donde no estaba el corazón, que esos señores seglares, aunque sean muy santos, es otro su trato y en todo diferente sus ocupaciones. Había yo forzosamente de gobernar su casa y criados y asistirle con los medicamentos y de día y de noche estaba en pie. Porque las enfermedades que le daban eran grandes y pedían mucho cuidado. Lo mismo me pasaba con las que le daban a su marido que era lo que más sentía y esto era inexcusable porque ni el uno ni el otro querían les faltase yo de su cabecera* ²².

Pocos días antes de la muerte de esta señora, su marido le hizo firmar un testamento, dejándole a él de usufructuario, cosa que le estaba muy mal al convento. Dice Antonia: *Estando en gran aprieto, día de Nuestra Señora de septiembre, yo le pedí mucho por la vida de aquella señora por el remedio de aquella fundación y envié a nuestra casa que le dijese una misa a Nuestra Señora en el altar donde teníamos una imagen de la Concepción, que esta señora nos había dado. El sacerdote que dijo la misa no la podía decir de turbado, viendo sudar la imagen. En acabándola de decir, llamó a otro sacerdote que estaba para decir misa y entre los dos limpiaron el rostro de la imagen con un purificador. Ellos y todos los que estaban en la iglesia vieron aquel prodigio. Mejoró súbitamente esta señora y se levantó buena. Quiso Nuestra Señora con el sudor de su imagen darnos a entender que le daba la salud para que después hiciese el testamento en más favor de la fundación como sucedió* ²³.

SU MADRE

Cuando su madre quedó viuda, quiso entrar de religiosa en el convento de Antonia. Ella nos dice: *Díjome parte de sus deseos y yo, como ruin, la resistí y con resolución le dije que no, que mejor estaría en su casa, que para servir a Dios no había menester venir con nosotras, porque yo había de tener pocas*

²¹ Tratado 6, pp. 67-69.

²² Tratado 6, p. 71.

²³ Ib. p. 73.

*compañeras y que no quería que dijese que traía tantas parientas conmigo, que mis hermanas bastaban para que esto me lo dijese. Ella me respondía: “Yo lo tengo puesto todo en las manos de Dios, si él quiere y yo le he de servir más por este camino. Él lo dispondrá”. Tuvo noticia el santo arzobispo de estos deseos de mi madre y me mandó en virtud de santa obediencia que la recibiese luego y así fue fuerza el hacerlo. Y, cuando no había pasado un año que había entrado, el arzobispo me envió a mandar que la pusiese de tornera y hube de hacerlo con la misma repugnancia que la recibí. Y luego empezó Su Majestad a enviar muchas limosnas y muy considerables y a todas nos parecía era premio de la gran caridad que tenía con los pobres*²⁴.

Mi madre me decía siendo ya religiosa: *Verdaderamente ahora veo que Dios me ha pagado el haber obedecido a mis padres en casarme siendo tan contrario a mi inclinación pues me quiso Su majestad hacerme madre de cinco religiosas y ahora que ya las veo en este estado tan dichoso me ha puesto a mí en él que desde que tuve uso de razón deseé el ser monja descalza*²⁵.

Y anota Antonia: *Fue en el estado de casada tan ejemplar que desde que tuve uso de razón siempre la conocí ejercitando todas las virtudes morales. Jamás despediría a un pobre que llegase a pedir por amor de Dios, aunque fuera darles el bocado de la boca y estando en su casa vi por mis ojos muchos milagros que por esa caridad hizo Dios con ella. Le dio Su Majestad tan rara paciencia que siendo así que tuvo a los últimos años de la vida de mi padre muchos trabajos por habersele ofrecido grandes pérdidas y malas correspondencias de criaturas, jamás la vi quejosa de nada. Díjome un día su confesor viviendo mi padre todavía: Mire, Madre Antonia, téngase por muy dichosa de haber nacido de tal madre y todos los que salieron de estas entrañas se pueden tener por muy dichosos porque es imposible que ninguno se pierda, porque esta alma es de las que mucho ama Dios y no solo a sus hijos sino a muchos ha de hacer Su majestad mercedes por lo mucho que de ella se agrada*²⁶.

Era tanta su humildad y obediencia que puedo asegurar que en los siete años y más que estuvo en nuestra comunidad no la vi jamás repugnancia ni quejarse de cosa que la mandase y no solamente yo, más aún las muchachas y a todas obedecía sin repugnancia a lo que le decían y veía les podía dar gusto. De donde se granjeó un amor tan general que las que no eran sus hijas la querían como si lo fuesen. Estaba tan agradecida a Dios de que le había traído a su casa que no cesaba de darle gracias. Era la edificación de todas por verla siempre tan fervorosa en todos los actos... Y empezó el Señor a hacernos muchas

²⁴ Tratado 5, p. 66.

²⁵ Tratado 7, p. 85.

²⁶ Ib. pp. 86-87.

misericordias que parece que esperaba que fuese tornera para envíar muchas providencias de limosnas sobresalientes y todas las compañeras lo reparaban y decían: Después que la hermana Josefa del Espíritu Santo (su nombre de religiosa) está en el torno, nos envía Nuestro Señor muchas cosas.

Luego que entró me dijo que si le daba licencia de dar limosnas a los pobres que llegasen al torno. Le dije que sí y ella daba tantas que al no haber yo experimentado que lo que se da por Dios nunca hace falta, me turbara mucho, porque además de darle a los que llegaban, socorría a muchos pobres vergonzantes y a estos era mucho lo que les daba, porque hubo en estos tiempos muchos años muy estériles y no se hallaba pan y valía muy caro y había muy grandes necesidades en gentes vergonzantes y la santa mía quería remediar a todos y así andaba todo el día por la casa buscando todo lo que podía. El pan estaba siempre a su disposición y no sabía dar poco, lo mismo era con la carne, tocino y pescado, de todo disponía el tener que poder dar. Si nos traían algún regalo, tomaba algo de él para darlo por amor a Dios. Un día vi que les daba a los pobres unas cerezas que eran las primeras que se habían traído a casa y habían costado muy caras. Le dije que para qué daba a los pobres de aquellas cosas que estando ellos con salud qué necesidad tenían de aquel regalito. Me respondió: Pues si no damos a Dios de lo primero que nos envía el diezmo, ¿cómo nos ha de dar después con abundancia lo que hemos menester?

Todos los días daba su comida y se pasaba con un poco de pan, hasta que lo advirtieron las hermanas de la cocina y me lo dijeron a mí. Yo le mandé que comiera de todo lo que le daban y hacía así y tomaba de cada cosa un poquito y lo demás lo daba. Y muchos días las hermanas de la cocina la tenían como de por fuerza para que comiese algo de sustancia. Unos mercaderes nos habían dado muchos quintales de bacalao y ella no hacía si no es llevar a docenas las pescadas al torno para darlas a los pobres vergonzantes.

Un día observaron un prodigio y fue que todas las semanas se gastaba un tercio más de trigo siendo así que se daban muchísimas menos limosnas con que todas conocimos que aumentaba nuestro Señor el pan milagrosamente y esto fue con tan gran certeza que no pudimos ninguna dudar de ello ²⁷. Y la gente le llamaba la santa tornera o la santa Josefa del Espíritu Santo. Al morir quedó su cuerpo como si estuviese vivo, tan tratable y hermoso y de tan buen olor como si estuviera entre flores. Después de estar expuesto 4 días, estaba su cuerpo como si estuviera dormido sin haberse desfigurado. Y las tres noches que la tuvimos difunta en el coro, me quedaba yo junto a ella y me recostaba en cansándome de estar sentado en la misma almohada donde tenía echada la cabeza y arimada a su misma cabeza dormía un rato como si estuviera viviendo. El arzobispo dio

²⁷ Tratado 7, pp. 88-91.

licencia para enterrarla en la iglesia. El padre Luis Patiño que había sido su confesor, cuando iba a nuestra iglesia se ponía junto a la bóveda donde estaba enterrada que por estar cubierta solo de madera tenía algunos resquicios por donde podía salir algún olor de un cuerpo difunto y él decía que era tal la fragancia del olor que salía de aquel cuerpo que lo recreaba y que por eso se venía a gozar de él. Y no fue él solo, sino otras muchas personas lo experimentaron también.

MILAGRO DE LAS LANGOSTAS

Por este tiempo había en Granada una plaga de langostas. El año anterior había hecho grandes estragos en los trigos y había quedado la semilla en la tierra, y ya empezaba a salir y a talar los trigos y todas las yerbas. Estaban los labradores muy desconsolados, e iban muchas gentes a procurar matarlas, y sacerdotes a conjurarlas, y todo no bastaba. Habíanme dicho que también habían entrado en nuestros cortijos, y que en ellos hacían grande daño; pues este día que digo, que le hacíamos la fiesta a Nuestra Madre, vino un criada del convento, que yo tenía en los cortijos para que asistiese a la obra, y trájome un papel de un labrador en que decía, que, si Dios no lo remediaba, quitando aquellas malas sabandijas, no cogeríamos grano de trigo, porque ya lo iban todo asolando y quedaría destruido. Junto con el papel, me envió un gran pañuelo, lleno de langostas, para que las viese y díjome el criado, que estaban tan espesas, que aquéllas las había cogido a puñados; dióme mucha pena, y luego que acabaron la fiesta llamé a toda la Comunidad, y les leí el papel, y mostré aquella monstruosidad y les dije que me ayudasen a hacer rogativas a Nuestra Madre Santa Mónica y a Nuestro Padre; lucírnosla, y poníamos a Nuestro Padre las lágrimas de su Madre, que pues por ellas le había hecho Dios tan dichoso, nos alcanzase de Nuestro Señor el remedio de aquella necesidad. A Nuestra Madre le decíamos que pues Dios la había hecho tan dichosa en la conversión de su hijo, nos alcanzase el remedio, pues nosotras deseábamos honrarlos a entrambos. A mí me dio tanta fe que me parecía sin duda nos oirían y por haber yo leído, que, en otros tiempos, Nuestro Padre San Agustín había hecho merced de recabar el remedio de semejante necesidad en Toledo y en otros lugares. Decíale yo: “¿Como, Padre mío, que el primer año que vuestras hijas tienen estos cortijos, y este socorro de pan, habéis de permitir; no os lo pido para nosotras solas, sino para todos, Padre mío, pues en otras partes las habéis destruido, hacedlo también en ésta”. Fue cosa maravillosa que al otro día vino muy espantado el mayordomo, que estaba allá cuidando de la obra, y el labrador

*que me había escrito diciendo que a las horas que nosotras estábamos pidiendo el socorro, se levantó de la tierra tan gran multitud de sabandijas que parecía que cubrían el sol, y que todas iban al río, donde se ahogaban; y eran tantas las que caían que certificaba el mayordomo que no se veía el agua, porque ellas la cubrían. (Era este hombre muy siervo de Dios, y se le podía dar crédito a cualquier cosa que dijese). El labrador lloraba de gozo y no hartaba de dar gracias a Dios. Desde este día no aparecieron más langostas en nuestros cortijos, ni en las demás tierras comarcanas*²⁸.

INTERCESORES

Aparte de la Virgen nuestra Madre, de san Agustín y santa Mónica, nos dice Antonia que era muy devota de san Antonio de Padua: *Si hubiese de decir todos los favores que este santo nos hizo, no acabara. De otros muchos santos y santas recibí muchos favores en orden a ayudarnos a esta fundación... Entre los santos que me ayudaron el que más se señaló y de quien mayores favores recibí fue mí glorioso padre san José, a quien desde qué salí de casa de mis padres, tomé por mi protector y así lo he tenido siempre por tal. Y no le he pedido cosa con mucha instancia, que no la haya yo visto hecha mejor que yo la he sabido desear*²⁹. *Al glorioso san Nicolás de Tolentino le debí grandes favores y muy conocidos: así sanarme milagrosamente algunas religiosas como en ayudarme para que se venciesen grandísimas dificultades respecto a la fundación*³⁰. Ella se sentía pobre y necesitada y se consideraba la hormiguilla de Dios.

LOS ÁNGELES

Como fue voluntad de nuestro Señor que durase tanto el acabar su obra, hubo tiempo para experimentar favores de muchos santos y ángeles que me ayudaron mucho con su intercesión. Desde los principios que Nuestro Señor me puso en procurar su obra, me dio mucha devoción a los santos ángeles, y todos los días hacíamos particular oración en la comunidad, y experimenté muchas cosas maravillosas que los santos ángeles hicieron. Cuando no podía yo negociar algunas cosas por mi persona, se lo encargaba a ellos y me la negociaban; si alguna persona nos hacía contradicción, o no estaba muy afecta, procuraba valerme de su santo ángel de la guarda, y le ofrecía alguna misa oída, o le hacía otro servicio rezándole alguna cosa, y a poco tiempo se mudaba

²⁸ Tratado 7, pp. 94-95.

²⁹ Ib. p. 97.

³⁰ Ib. 99.

la persona, y hubo algunas que, habiendo sido muy contrarias, fueron después de las que más me ayudaban; si tenía algún negocio muy dificultoso que me parecía era dudoso el salir con él, acudía a los santos ángeles, y luego se facilitaba. Solían decirme las personas que me ayudaban que enviase a prevenir algunas diligencias que eran menester para los negocios, y yo les decía: “Allá están los santos ángeles que harán eso”. Y así se veía cierto el buen suceso ³¹.

Estaba yo en una ocasión muy ahogada por haber hecho muchas deudas para labrar los cortijos y prestarles a los labradores, y les hice una novena a los ángeles para que me sacaran del gran trabajo que es tener muchas deudas, y milagrosamente me sacó Nuestro Señor de ellas por la intercesión de los santos ángeles, negociándome una cobranza perdida, incobrable, de mucha cantidad, que quien lo supo de la data que ella fue, la tuvo a milagrosa. Había leído yo en un libro que los santos ángeles favorecían mucho a los que por nueve días les rezasen nueve Magnificat, cada día a los nueve coros de los ángeles, para que ellos le pidiesen a Nuestra Señora por los nueve meses que trajo a su Santísimo Hijo en su vientre, y al fin de los nueve días les decía una misa. Yo usaba de esta devoción en mis necesidades, y vi muy buen logro en ellas. Como yo estaba tan deseosa de que Dios acabase su obra, me determiné a que esta devoción la hiciese toda la Comunidad; para este fin, juntábamnos todas en el Coro, y con gran devoción, todas las hermanas me ayudaban, y un día llegó a mí una religiosa y me dijo: “Ciertamente se hará presto la fundación, porque vi, cuando estábamos rezando los Magnificat, a los ángeles, que al lado derecho de cada una de las religiosas estaba un ángel, ayudándole a decir lo que decía y ofreciéndoselo a Nuestro Señor; y en medio del coro estaban dos más hermosísimos ángeles que con los rostros levantados al cielo nos estaban ayudando y pedían a Nuestro Señor nos concediese lo que le pedíamos y estos dos ángeles me parecieron que eran el arcángel San Miguel y el ángel de la Comunidad (cada Comunidad tiene su ángel propio).

Era muy sierva de Nuestro Señor la religiosa que vio esto, y por los efectos se conoció luego el haber sido, porque sucedieron después tantas cosas tan milagrosas, y se caminó tan aprisa en la ejecución de lo que se deseaba, que todas conocimos lo poderoso que son los ángeles para con Dios.

He visto muchas cosas por intercesión de San Miguel. También nos favoreció mucho mi señora santa Ana, a quien le hicimos una novena, y experimentamos bien su favor. Gran cosa debe ser en los ojos de Nuestro Señor una fundación, pues cuesta tanto el hacerla, y tiene tantos enemigos que la contradigan. Yo experimenté esto mucho; que, aunque aquí digo lo que se ha visto, no es posible poder referir los grandes afanes que me costó, y así fue

³¹ Tratado 8, p. 101.

menester la intercesión de muchos santos y, sobre todos, la de la Reina de todos los Santos que ella fue la principal intercesora a quien de noche y de día clamábamos en especial, rezándole su rosario con mucha devoción en el Coro todos los días ³².

TESTIMONIO DE LA FUNDACIÓN DE GRANADA

Cuando ya estuvo terminada la obra, tanto de la iglesia como del nuevo convento, vinieron de Valladolid las tres religiosas que iban a ser las fundadoras. Fueron recibidas con solemnidad en Granada. El Chantre, en nombre del arzobispo, puso la clausura y a una de las llegadas (agustinas recoletas) la nombró Priora, a otra subpriora y a la tercera tornera y portera. Así comenzó oficialmente la fundación con 18 antiguas y cuatro, que eran más niñas y no tenían edad para entrar en el noviciado. Después de un año de noviciado, profesaron doce, entre ellas Antonia, en manos del Chantre, en nombre del arzobispo. Las otras dos profesaron unos días después, porque hicieron su profesión para velo blanco, no de coro.

Las fundadoras pensaron que Antonia iba a salir pronto para otra fundación como ella misma les había escrito, pero cambió de parecer a pesar de que a las fundadoras no les pareció bien. Ella nos dice: *Vi por experiencia que Dios dispuso que me quedase en aquella casa para la conservación de las almas que yo había criado y para que otras muchas cosas no se errasen, que aunque mi retiro era mucho, no dejaban de ser necesarias en algunas ocasiones mis noticias* ³³.

VIAJE A CHICLANA (CÁDIZ)

Para esta fundación ofreció su casa Don Juan de Molina. Su casa estaba arimada a la ermita de Jesús Nazareno y hubo algunos caballeros que ofrecieron ayuda como Diego Bándalo de León con 400 ducados. Se consiguió la licencia del obispo de Cádiz y el Nuncio nombró a las que la iban a acompañar en esta

³² Tratado 8, pp. 102-103.

³³ Tratado 9, p. 124.

nueva fundación. Fueron las cuatro hermanas de sangre de Antonia y otra religiosa de coro llamada Luisa de la Santísima Trinidad. Su hermano, fray Juan de San Antonio y su primo fray Juan de Santo Tomás, aseguraron que las acompañarían al igual que un religioso agustino calzado y otro clérigo. La fecha de salida era el día de la octava de la Inmaculada Concepción. Ese día las acompañaron hasta la salida de la ciudad muchas personas amigas.

A la salida de Loja tuvieron un grave percance. Las mulas del coche se “asombraron” y sin poderlas detener los cocheros, que eran tres, llevaron el coche por una ladera y dieron con él en unas piedras, cayendo todas las que íbamos y lastimándonos tanto que fue milagro del Señor el no matarnos todas ni hacerse pedazos el coche, sacándonos de él muy lastimadas. A la hermana María de la Asunción se le partió un labio, se le maltrataron los dientes y se le hinchó mucho el rostro; a la hermana Úrsula de la Madre de Dios se le partió una oreja y se le hinchó también el rostro y era tanta la sangre que iba de ellas que ponía horror. A mí se me quebró el brazo derecho y en un instante se me hinchó muchísimo y se me puso negro.

Hacía mucho frío y casi estaba nevando. Yo iba con tan gran dolor y calentura que no sabía qué hacerme. Nos llevaron a Antequera, entrando media hora después de anochecido, porque íbamos tales que mandaron los sacerdotes que no fuese el coche muy aprisa. Mi hermano fray Juan se adelantaba siempre para prevenirnos posada y este día lo acompañó fray Gerónimo Feriol y, como tiene esta ciudad conventos de monjas y de religiosos calzados de nuestra Orden, recabó el padre Feriol del Prior que diese licencia a las monjas para que nos hospedasen en su convento. Hiciéronlo así las siervas de Nuestro Señor, y con gran caridad nos recibieron y agasajaron. Íbamos tales que las pusimos gran compasión. Yo llegué de suerte que me parecía imposible el poderme levantar de una cama en muchos días. Había una religiosa en aquel convento, que curaba de brazos desconcertados, y ella quiso curarme cuando vio el brazo tan hinchado y tan enconado, y aunque me aplicó algunos remedios, dijo que era imposible curarlo si no me quedaba allí algunos días. Con esto se afligieron mucho los sacerdotes y las religiosas, y más cuando me vieron con tan gran calentura. Yo me sentía tal, que me parecía que, sin que Dios me asistiese con su favor, no había de pasar adelante. Aquella noche hicieron mis compañeras mucha oración por mí, pues algunas me dijeron que toda la noche la habían pasado llorando ante Nuestro Señor, pidiéndole que me mejorase y no permitiese que ellas se hubiesen de ir sin mí. Quiso Dios oír las, y por sus oraciones mejorarme, pues amanecí sin calentura y con gran aliento para caminar, y aunque el dolor del brazo era terrible, me puso Dios tan gran ánimo, que a pesar de que aquellas siervas de Dios me ponían grandes temores de que perdería el brazo, no me impidió la resolución de caminar.

Proseguimos la jornada con gran trabajo, pues, además de los rigurosos temporales y de lo lastimadas que íbamos, hallábamos en las posadas muy trabajosas acogidas. En los mesones sólo procurábamos que nos diesen un aposento aparte para encerrarnos, y en algunos pasábamos las noches con trancas en las puertas por no tener llave; y por haber muchos hombres en el mesón estábamos tan temerosas que no podíamos sosegar. Estuvimos con estos trabajos hasta llegar a Marchena, que sabiendo el señor duque de Arcos que llegábamos a la ciudad, salió con la señora duquesa a recibirnos media legua antes de entrar en ella, y nos hizo tantos favores que no es posible significar. Quiso Su Excelencia que entrásemos en el coche de la Duquesa y llevarnos a un convento de religiosos que se llama de Santa Olaya, media legua de la ciudad que es un santuario de santos religiosos de la Orden de San Francisco, los cuales viven como en un desierto. Nosotras obedecemos, aunque más deseábamos entrarnos en un rincón y que nos dejaran solas. Después nos dijo que por estar cierto que estaríamos más gustosas en un convento de religiosas descalzas, había hecho nos dispusiesen posada allá y que no nos llevaba a su Palacio por esta razón. Acompañáronnos sus Excelencias hasta el convento, donde tuvimos grande agasajo de una señora, hija del duque de Cardona, llamada doña Felicha de Aragón y Sandoval, que estaba de seglar en el convento; también estas santas religiosas nos hicieron mucha caridad, y cierto que fue grande la edificación que todas tuvimos de ver el modo de vida de aquellas santas.

No quiso el duque que nos fuésemos al otro día, que fue el de santo Tomás Apóstol, porque quiso que descansásemos. Hizo que se diese posada a los sacerdotes con grandes regalos, enviándonos también a nosotras la comida de su palacio como de su grandeza. Hizo pagar el carruaje, y en todo se mostró tan afecto como liberal.

CAÍDA POR LAS ESCALERAS

Sucedióme en esta santa casa una cosa bien particular, que quizás por los méritos de aquellas santas, no me maté e hice pedazos, y fue que como yo estaba tan maltratada de la primera caída y como me faltaba el brazo derecho, estaba tan torpe que parecía no me podía tener y como no sabía la casa, habiendo de entrar en un confesionario para reconciliarme y estaba muy oscuro que aún no había amanecido, que por tomar muy de mañana la jornada fue fuerza el hacer estas diligencias tan temprano. Pues como he dicho, al entrar en el confesionario estaba cerca de él una escalera tan profunda y derecha que, sin milagro, cualquiera que cayera se hiciera pedazos; pues yo puse los pies en ella y caí con tanta violencia como si me arrojasen; iba cayendo y nunca hallaba el suelo. Parecióme que caía en alguna sima, y como yo iba llamando a Nuestro

*Señor para que me socorriese, acudieron aquellas santas religiosas muy afligidas, pensando que me había hecho pedazos; mas yo no sé cómo fue esto, que parece me asieron de la ropa y me detuvieron. Sólo me lastimé en los pechos que una costilla se desconcertó, y junto con el gran dolor del brazo me daba también su poco de padecer; mas no me impidió el caminar, sólo me afligió un poco más el natural, que a no saber por las vidas de los santos y la de Cristo Nuestro Señor, que es lo más seguro el padecer, me viera muy desconsolada, y entendiera que esta fundación que venía a hacer no era del agrado de Dios, pues en aquel viaje se me ofrecían tantos trabajos; aunque entre ambas caídas pude quedar muy reconocida a la gran bondad de Dios, que no dio lugar a que me matase, habiendo habido por lo natural muy grande causa para ello*³⁴.

NUEVOS PERCANCES

Llegamos a la vista de Chiclana el día de Navidad con tan grande agua y viento y tan grandes truenos y relámpagos y con tanta oscuridad que sólo veíamos el cielo y la tierra cuando daban los relámpagos. Los cocheros no sabían la tierra, y se empezaron a desconsolar, y culpaban mucho al propio que nos traía, y él no sabía qué hacer, porque la oscuridad, el agua y el viento lo desatinaba; y como era voluntad de Dios que nosotras padeciésemos, ni los sacerdotes ni los demás que nos acompañaban sabían qué medio tomar. Habíase adelantado un criado para dar aviso en el lugar de cómo estábamos cerca, y el pobre hombre no pudo pasar, porque el río, que está a la entrada del lugar, estaba tan crecido que no le fue posible, y así no hacía si no es dar voces; pero como era tan grande el ruido del viento y del agua, no lo oían, sólo nosotras lo oíamos, y parecía que aquellas voces aumentaban la confusión. Creció tanto el desconsuelo de los cocheros, que ya parecía desesperación. Atascóse el coche de suerte que no era posible ni las mulas, ni los que iban de a pie, ni los que iban a caballo, que se apearon, lo pudieron desatascar, y esta fue una gran providencia de Dios porque si no se atascase, como los cocheros no sabían la tierra, quizás nos entraran por la corriente y nos ahogásemos todas. Era tan grande la confusión que todas entendimos que allí habíamos de perecer y que ya había llegado la última hora de nuestra vida, y así no hacíamos más que invocar a Dios y hacer repetidos actos de contricción. Confieso de mí, que con haberme Nuestro Señor dado mucho ánimo, que jamás me acuerdo de haber temido la muerte hasta este día, decíales a los cocheros que no porfiasen a desatascar el coche, que quitasen las mulas y nos dejaran aquella noche en aquel sitio, que Dios nos asistiría, y que tuviesen paciencia que Su Majestad nos remediaría; mas ellos estaban tan desconsolados que ni me atendían ni sabían si yo les

³⁴ Tratado 9, pp. 131-133.

hablaba, y los sacerdotes estaban de la misma suerte, que no nos oían lo que les decíamos ³⁵.

El agua era tan grande que no parecía sino que la arrojaran a cántaros y, como esta agua era con grandísimo aire, todos estaban como atontados; digo de verdad que fue tan grande la tribulación para todos que parecía que el demonio a todos nos quería destruir. Acordábame entonces cómo en aquel día había padecido muchos trabajos Nuestra Señora y mi padre San José por no haber hallado posada, y deciales: “Señora mía, y Padre mío, mucho padeceríades, mas llevábades a Jesús en vuestra compañía, y así no padeceríades turbaciones como nosotras padecemos”. Y decíale a Nuestro Señor: “Dios mío, en este día en que vuestra caridad salió a dar luz al mundo, ¿queréis que nosotras perezcamos? Mirad, Señor, a estas vuestras siervas que vienen con tantos deseos de serviros y haceros otra Casa más donde seáis muy agradao, y ya que por mis pecados no recibáis este deseo de mí, recibidlo de estas vuestras siervas. No permitáis que por mí sean ellas desamparadas, ni que perezcan aquí estos vuestros siervos, que con tanta caridad nos han acompañado”.

Estaban tan atribuladas las compañeras, que más me lastimaban ellas que todo lo que yo padecía; porque aunque yo lo estaba, tenía una esperanza certísima de que Dios no nos había de desamparar, como lo hizo.

¡Bendito sea por siempre, que tan grande es su piedad y caridad, que así aflige a los que le sirven para su merecimiento, y luego los libra de sus aflicciones para que más lo conozcan y amen!

Estando en esta tribulación, vimos venir de lejos una luz y en viéndola todos nos consolamos mucho; y llegándose a donde estábamos, vimos que eran Don Diego Bándalo que venía con muchos hombres desnudos, que habían pasado en una barqueta la creciente, y las luces que traían eran unos candilones de molino con mucha pez, porque era tanta el agua que llovía que si no era con este betún, no pudiera con aceite ni con cera conservarse la luz encendida. Cuando yo vi a don Diego le conocí, sin haberle visto nunca, porque me parecía en el traje y persona que no podía ser otro, por los informes que me habían dado de él; mas aunque yo lo tuve por don Diego, a mí me pareció ser ángel que Dios nos enviaba para socorrernos en aquella necesidad, y así se lo dije que, luego que se llegó al coche, le dije: “Señor, ¿es usted el señor don Diego Bándalo?”, y me respondió que sí, y yo le dije: “No es sino ángel, que Dios nos envía para socorrernos”. Era este caballero de muy buena disposición y hombre de gran valor, a quien todos en el lugar respetaban y obedecían porque, además de ser sargento mayor, era él naturalmente temido y respetado de todos y así en

³⁵ Tratado 9, pp. 133-134.

aquella ocasión fue menester todo su valor para que aquella gente que venía con él se pusieren en tanto peligro de sus vidas y salud, desnudándose y echándose al agua de tal suerte que nosotras nos maravillamos y después nos dijo el mismo Don Diego que los más de aquellos hombres eran regidores y personas respetables. Todos rodearon el coche para quererle desatascar, y no pudieron, Fueron por azadones y cavaron, y con esto lo desatascaron y llevaron cerca del río, donde tenían una barqueta, en que nos iban pasando, y después nos llevaban entre dos haciendo con los brazos silletas y en ellas nos llevaron hasta entrarnos en una casa, porque era tanta el agua del suelo que no era posible ponernos en él.

Estaban en esta casa el Provisor y todos los caballeros del lugar, esperándonos, ya que sólo el valor de Don Diego pudo resistir a los fuertes contrarios de agua y vientos. Alegráronse sumamente todos aunque se maravillaron de ver unos bultos negros, sin verles las caras, ni saber de qué color eran aquellas monjas, porque por estas tierras no hay monjas recoletas, y como a las calzadas las ven las caras y las tratan más bien, se les hizo muy duro aunque con gran veneración nos recibieron. Luego que hubieron pasado a toda la gente que nos acompañaba y al coche, nos entraron en él y nos llevaron a la iglesia mayor, a donde se estaban repicando las campanas, con las demás del lugar, desde que oyeron las voces de los que avisaron nuestra venida. Y en llegando a la iglesia, nos hicieron apearse y entrar en ella donde nos recibió todo el clero en procesión cantando el Tedeum Laudamus con música y órgano; al llegar al altar mayor nos descubrieron el Santísimo Sacramento, lo mostraron al pueblo, y lo adoramos. No es posible decir lo que mi corazón sintió de consuelo, viendo a su Majestad, que parece con esto tomó mi corazón aliento, para poder llevar lo que faltaba de penalidades.

Como he dicho, era día de la Natividad de Cristo Nuestro Señor, año de 1666. Después nos volvieron al coche, y nos trajeron a nuestra casa, y por el camino, aunque era tan grande el aire y agua, nos festejaron con luminarias, y las mujeres exclamaban por las ventanas: “¡Gracias a Dios, que han venido las santas!”.

ENTRADA EN LA CASA

Entramos en nuestra casa, y en ella hallamos notable desabrigo, porque toda se llovía como si fuese la calle, y además la pieza principal iba por ella una acequia de agua por salir del jardín, que con la grande lluvia que había habido no pudo ir toda por el desagadero y así entró por donde pudo. Como no nos esperaban aquella noche, y el agua era tan grande, en todo nos faltó el alivio.

Veníamos tan mojadas que hasta las túnicas traíamos caladas; no teníamos ropa que ponernos ni lumbre en que secarnos. Subimos a la pieza donde nos tenían las camas, y, aunque bien prevenidas, estaban tan mojadas que parecía haberlas metido en un arroyo de lo que el aposento se llovía y en él un grande lago. Fue tan grande el desconsuelo que todas tuvimos que hubo bien que ofrecer a Dios que como había sido el camino tan largo y tan penoso, veníamos tan maltratadas de la caída, las dos compañeras con los rostros muy hinchados, y yo que parecía sobrenatural el poder estar en pie por la calentura que traía y el vehemente dolor del brazo que estaba quebrado y sin ningún remedio, y cuando habíamos de tener algún alivio, hallábamos tantas descomodidades. Yo disimulaba mi aflicción por no dársela mayor a las compañeras. Comencé a alentarlas trayéndoles a la memoria los trabajos que padeció Santa Teresa, y nuestra santa madre Mariana de San José, y les dije que era gran señal de ser esta fundación muy del agrado de Nuestro Señor, pues nos costaba tantos trabajos; pero ellas estaban tales que sólo de Dios podía venirles el consuelo. Y no me espantaba yo de verlas afligidas, porque si el demonio les puso la oscuridad que a mí, todo el desconsuelo que mostraban era poco; que nos puso a todas tan grande horror y aflicción el pensar que, si aquella noche de tanta necesidad nos había dejado en aquel desamparo, ¿qué sería después? En fin, pasamos aquella noche con el trabajo que se puede considerar, y a la mañana vino el Provisor y dispuso que saliésemos a oír misa a nuestra iglesia, que aunque teníamos ya dispuesta una tribuna por donde pudiéramos oírla, no sé qué le movió a sacarnos; que debió ser disposición de Dios, por lo que en ella nos sucedió. Tenía puesto a Jesús Nazareno en un altar muy bajico, a donde le podíamos gozar muy de cerca, y como es tan devota esta Santa Imagen, mueve mucho el mirarla al conocimiento de lo mucho que le debemos a este Señor y bien nuestro. Pues cuando todas le vimos, nos postramos a sus pies, y en ellos hallamos el consuelo que necesitábamos; allí huyeron todas las tinieblas, y con la luz de la confianza en quien tanto hizo por nosotras, quedamos ricas, y señoras de todo lo que podíamos desear, y volvimos tan contentas, que todo lo que se ofrecía padecer nos parecía poco.

LA GENTE LES AYUDA

Fue grande la moción de todo el lugar, en especial las mujeres en venirnos a ver y a traernos todo lo que hallaban en sus casas que les parecía tendríamos necesidad de ello: unas, nos traían platos; otras, ollas; otras, esteras; otras, otras cosas para el sustento; otras, algunas alhajas que les parecían nos harían falta. Finalmente, no les parecía que podían tener nada de gusto sin traérnosla, y era esto con tan gran caridad que nos ponía grande devoción, y nos movía a darle grandes gracias a Nuestro Señor y a mí me ponía en gran confusión por verme tan obligada a Su Majestad, y solía decir que

Nuestro Señor me había traído a esta fundación para salir con la mía, porque yo siempre había deseado que Su Majestad hiciese una fundación en que fuese muy glorificado, y ya lo veía, pues estas criaturas que con tanta devoción nos ayudaban, glorificaban a Nuestro Señor y ganaban muchos méritos para sus almas. Era tan general la moción, que les parecía a los hombres como a las mujeres que no los había Dios de hacer mercedes si no nos hacían algún bien, y así, venían unos a ofrecerse a trabajar de limosna en la obra que desde luego fue fuerza tenerla para ir disponiendo las cosas para la clausura. Las mujeres, que eran muy pobres, venían a pedirnos la ropa para lavárnosla, y los muchachos iban al campo y nos traían espárragos o los vendían y nos traían el dinero, y a sus padres les atormentaban para que les diesen lo que veían que era cosa con que nos pudiesen regalar. Los moros, que hay aquí muchos que trabajan a jornal, nos traían agua de limosna, con tanto afecto que parecían católicos en la caridad con que lo hacían. Un día que la tornera quiso manifestar su agradecimiento con un regalo, dijeron que no lo habían de recibir, porque ellos no nos traían el agua para que se la pagásemos que la traían por amor a Dios, porque éramos pobres y estábamos encerradas.

A los cuatro o seis días de estar nosotras aquí, partió el Provisor para un lugar que se llama Cortes, que está a catorce leguas de aquí, donde tenía dos hermanas y una sobrina, y porque ellas deseaban consagrarse a Dios, las trajo para que entrasen en nuestro Convento. Les dimos el hábito el día diez de enero de 1667, este mismo día nos puso el Santísimo Sacramento y quedó puesta la clausura con gran consuelo de nuestras almas. Luego empezamos a rezar en el coro, y era tanta la moción de la gente, que era para alabar a Nuestro Señor, y el día 14 que rezamos en nuestra sagrada Religión del Dulcísimo Nombre de Jesús, cantamos la primera misa, que no sé yo decir el consuelo que tuvo mi alma viendo que ya tenía Nuestro Señor una Casa más a donde fuese alabado, aunque no éramos más de cinco las que podíamos rezar el oficio divino, y todas a pesar de estar tan ocupadas con las visitas, con la obra y con otras ocupaciones muy forzosas, jamás faltamos a rezar en el coro a sus horas todo lo que era de obligación, ni a las horas de oración mental que tenemos de Constitución, y esto nos costaba mucho trabajo, porque era forzoso despedir las visitas.

Acuérdome que iba a los maitines tan fatigada de los dolores del brazo, que si la Majestad de Dios no me asistiera con la consideración de que estaba a la vista de Jesús Nazareno con la cruz en sus santísimos hombros, no sólo no asistiera a los maitines, mas tampoco hubiera dejado de dar muchos gritos de dolor y por el deseo que tenía de dar buen ejemplo a las novicias, estaba en pie como es costumbre en nuestra Recolección de estar en pie en el Oficio Divino alternativamente en los salmos, y como yo estaba en pie y era fuerza el tener el breviario en las manos, y un brazo tenía quebrado y el otro un ramo de perlesía

(parálisis) que hay algunos años que muchas veces una cosa muy ligera no puedo tenerla en la mano porque luego se me cae, y a esto se juntaba que las más de las tardes me daba calentura, me veía algunas veces para expirar en ellas; después cuando se acababan me quedaba en el coro y le pedía a Dios que me favoreciese, porque naturalmente no podía pasar adelante con tan gran trabajo. Estuve de esta suerte más de tres meses, hasta que me trajeron del lugar a una mujer que me curase, y ella hizo cuanto pudo con muy buena voluntad; mas como había tanto tiempo que se había desconcertado, no fue esta diligencia más que para ponerme en lo último de la vida si Dios no quisiera, como quiso, guardarme, porque del dolor perdí el sentido, y después estuve tal que pensé no quedar en este mundo. ¡Bendito sea Él que me quiso dar tanto en qué merecer!³⁶.

EL OBISPO LAS ACEPTA

El obispo de Cádiz fue a visitarlas con la intención de enviarlas de nuevo a su Casa de Granada. Dice Antonia: Lo recibimos en procesión con cruz y ciriales, cantando el Te Deum. En el coro le fuimos dando todos la obediencia, hincándonos de rodillas y besándole la mano. Desde el punto que entró por la puerta del convento se puso confuso, estaba turbado. Empecé yo a hablar. Cuando él habló nos dijo que quería que tuviéramos mucha renta para pasar sin dependencia de nadie. Vio la casa y cuando se iba dijo: *Mudado voy de como vine. Esto es otra cosa de como yo me imaginaba. Y se fue contentísimo*³⁷.

DON CARLOS PRESENTI

Para la reestructuración del convento y de la iglesia no eran suficientes las limosnas de los vecinos de la villa. Hizo falta un adinerado de los que abundaban en Cádiz y Dios movió el corazón de don Carlos Presenti, genovés, de quien provendrían las mayores ayudas para el recién fundado convento de Chiclana. Don Carlos tenía muchas posesiones en Chiclana y Cádiz. Su generosidad fue ensalzada en el libro de noticias del convento. En él se dice: *Es digno que su nombre sea escrito con letras de oro por su gran virtud y la desnudez con que hace las limosnas sin dar lugar a que se publique, obrando solo por Dios y siendo incansable en el obrar desinteresadamente, siempre con el mismo afecto y desnudez y para honra y gloria de Dios y de Nuestra Señora.* Además de los muchos ducados que gastó en la reestructuración del convento e iglesia, donó muchos objetos sagrados para la sacristía y mobiliario del convento. Falleció el 12 de abril de 1677 y sus descendientes siguieron ayudando al convento hasta

³⁶ Tratado 9, pp. 134-137.

³⁷ Tratado 9, p. 139.

principios del siglo XIX. Tras su muerte, Diego Iparraguirre se convirtió en el mayor bienhechor del convento y también lo fue del nuevo convento de Medina Sidonia. Era uno de los más eminentes personajes de la colonia vasca de Cádiz. Su generosidad superó incluso la de Don Carlos Presenti.

MEDINA SIDONIA (CÁDIZ)

La Madre Antonia tenía a la hora de la fundación del convento de Medina Sidonia 75 años, estaba manca del brazo derecho y tenía muchos achaques después de tantos años, trabajos y penitencias. El señor Diego de Iparraguirre ya les había comprado una isleta de casas por 90.309 reales vellón y les regaló muchas alhajas y ornamentos para el nuevo convento y les había preparado un convento, aunque de modo provisional.

Las fundadoras salieron de Chiclana a la fundación de Medina Sidonia el día catorce de octubre deste presente año de mil seiscientos y ochenta y siete, víspera de Santa Teresa, a las once dadas de la mañana. Aguóse mucho a la salida el contento de ver llegado el día más deseado; pues siendo todas las religiosas que se quedaron en Chiclana, hijas de la madre Antonia de Jesús, que las dio el hábito y las crió a todas, rompieron sus ojos en amargas lágrimas, y en lastimosos suspiros sus corazones, viendo que las dejaba huérfanas la Madre, que con amorosos cariños las había abrigado tantos años. Y la Madre, aprisionada del amor que las tenía, no acertaba a apartarse de ellas. El amor aprisionaba las unas y las otras, y la disposición divina ejecutaba el dolor de la ausencia, dejando iguales en el mérito a las que se quedaron, y a las que se fueron.

Entráronse las fundadoras en un lúcido coche de seis mulas del Ilustrísimo Señor obispo de Cádiz, Don Antonio de Ibarra y Quirinos (que se dignó autorizar esta salida y jornada con su asistencia) y como si el coche se hubiese llenado de imán atractivo de corazones, se halló al instante cercado de señoras de Chiclana, y mujeres de todas las esferas, que con cariño indecible se asieron a él, tan fuertes, que no le dejaban partir, manifestando todas amorosos deseos de ir las acompañando.

Apartaron la gente por fuerza, y partieron las seis con el coche, y delante dos bueyes, para aplicarlos a tirar en los pasos dificultosos, con treinta y nueve hombres de a pie para sustentar el coche, porque fuese más seguro, y allanar el camino adonde fuese necesario. Juntamente partió el coche, en que el Ilustrísimo Señor Obispo iba, acompañado de tres Dignidades de Su Santa Iglesia, que fueron el Deán, Maestrescuela y Tesorero y de otros Señores Prebendados de su Cabildo a quienes siguieron el Marqués de Montecorto, y otros muchos

caballeros en sus coches. Salió toda la nobleza de Chiclana a caballo; todos los dichos prosiguieron la jornada, acompañando a las Madres. Y llegando a dar vista a los Montes de Medina Sidonia, se les aumentó el alborozo con que iban viendo las cintas cubiertas de gente, y los caminos llenos de gran número de jinetes, que con gran velocidad de sus caballos se adelantaron a los de a pie, por encontrarse primero con las Madres; pero es de notar, que a todos ellos los cogió la delantera el orgullo de un ejército de muchachos, que con grande algazara llegó a dar la bienvenida a las Madres, anunciando a Medina Sidonia este adelantamiento pueril, el bien que Dios en tan festivo aparato le enviaba en aquel dichoso día.

Llegaron después la ciudad, el Cabildo Eclesiástico y toda la Caballería de Medina Sidonia, a recibirlas legua y media, adonde pararon las religiosas, y todo el acompañamiento, y los de Medina las fueron dando la bienvenida por su orden. Habiendo dado fin a esta cortesana ceremonia se incorporaron los que salieron de Medina con el acompañamiento que iba de Chichina, haciéndose de todos un cuerpo, por lo crecido tan vistoso, que a todos causó admiración. Así juntos prosiguieron el camino hasta llegar a Medina, adonde fueron recibidos con demostraciones no pequeñas, ni ordinarias. Salieron las Comunidades, repicáronse las campanas de toda la ciudad; dulces clarines alegraron la entrada con sonoros ecos; y no menos la hizo festiva el ruido de mucha pólvora, que al mismo tiempo se gastó una salva.

Prosiguieron todos, acompañando a las Madres por las calles; y llegando a emparejar el coche, en que iban, con la cárcel, dieron soltura a todos los que estaban encarcelados en ella.

Llegaron a la puerta de la iglesia Mayor, adonde se apeó el Señor Obispo, y los demás que le iban sirviendo. Llegáronse al coche de las Madres los señores o Dignidades. Y cogiéndolas de la mano, las apearon, y luego su Ilustrísima las mandó entrar debajo del palio, que para esto estaba prevenido. Inmediatamente se formó de los circunstantes una procesión, en que llevaron a las Madres hasta la Capilla Mayor, cantando los sacerdotes con música y órgano el Te Deum Laudamus, y llegando a la capilla descubrió su Ilustrísima el Santísimo Sacramento, y se le dio a adorar a las Madres. Cumplida esta obligación, en la forma de procesión que entraron en la iglesia, salieron de ella, y prosiguieron hasta entrarlas en el convento, adonde, aunque tenían noticias de grande prevención, que las esperaba, hallaron tanto más de todo lo necesario para la iglesia, sacristía y abasto del convento, que aseguran las Madres no cabe en ponderación. La llegada a Medina fue a las dos y media de la tarde del mismo día que salieron de Chiclana, a tiempo que se estaban cantando las Vísperas de la gloriosa Santa Teresa.

Al día siguiente, quince de octubre, cantó el Deán de Cádiz en el convento la primera misa. Vistiéronse con él, el Tesorero y Maestrescuela. A la tarde mandó disponer el Señor obispo una solemne procesión; y sacando el Santísimo de la iglesia Mayor, lo llevó a la iglesia del convento, adonde lo colocó y después puso inmediatamente el convento en clausura. El día 16 dio su Ilustrísima el hábito a una doncella y a otra se le dio el diecisiete. Otras muchas entraron después en breve tiempo. Y entre ellas destaca la familia de Julián Gobín, que repetía en cierta forma el ejemplo de la Madre Antonia de Jesús.

La constitución del convento comenzó con la llegada de las madres a Medina. La iglesia comenzó a constituirse el 31 de mayo de 1688. Mientras se edificaba el convento y la iglesia definitivos en la isleta de casas compradas por don Diego, las religiosas vivieron cuatro años y ocho meses en un convento provisional.

La Madre Antonia pasó los ocho últimos años de su vida en Medina Sidonia, donde llegó el 14 de octubre de 1687. Ella misma con don Diego vigilaba las obras de reconstrucción como lo había hecho en los conventos anteriores. En 1693 cayó gravemente enferma y estuvo dos años postrada en cama, en la enfermería.

SU MUERTE

Murió el 16 de junio de 1695 a los 83 años de edad. Desde 1693 su hermana carnal María de la Asunción, tomó el mando de la Comunidad,

En el libro de mortuorios del convento de Medina se dice textualmente: *Fue su tránsito en este año de mil seiscientos y noventa y cinco, a diez y seis de junio, jueves a las seis de la tarde, habiéndole dicho a una religiosa que solía asistirle que se la había de llevar Nuestro Señor este día. Y en ocasión de hallarse más alentada que nunca, por haber dos años padecido impedida en la cama con gravísimos dolores y grandes fatigas que la ejerció el Señor muchísimo, para tener más que galardonarla y la Víspera deste día que murió estuvo tan alentada que estábamos muy fuera de entender que estaba tan cercano su tránsito; y así nos cogió muy de improviso el llevárnosla su Majestad que parece nos la arrebató de entre las manos, dejándonos su ausencia muy solas y desconsoladas. Y permitió la divina Providencia traernos a nuestro santo bienhechor y diciéndole a su Reverencia, el día antes que muriera cómo el Señor Don Diego de Iparraguirre había venido a Medina, respondió nuestra santa enferma: “Venga en hora buena, que para que cuide de mi entierro le trae Nuestro Señor”. Y así fue que a otro día le dio una calentura y, llamando al médico, luego que la vio ordenó darle los sacramentos, que recibió con gran*

devoción y diciéndole si quería reconciliar, respondió que no se la ofrecía qué; y despidiéndose de sus hijas, pidió la perdonasen de lo que las hubiera dado mal ejemplo. Quedóse recogida en oración y sin hacer movimiento alguno, dio su alma al Criador que la crió para mucha gloria y honra suya, como la procuró siempre en todo lo que obró”.

Se celebró su entierro con la mayor grandeza que puede ser y todo el novenario. Predicó sus honras el padre Maestro, fray Juan Muñoz, de superior estimación y aplauso de toda esta comarca, que lo lleva generalmente de todos, religioso y prior de este convento de Nuestro Padre San Agustín de esta ciudad de Medina, y así mismo se le celebró el novenario y honras solemnísimas en el convento de Jesús Nazareno de la villa de Chiclana, donde predicó el padre Maestro, fray Francisco Zahovejas.

A este convento de Medina acudieron todos los religiosos que hay en ella, en todos los nueve días a cantar vigiliass y misas con la mayor solemnidad y lo mismo el clero, señalando sus horas por turno: A las cuatro de la mañana empezábamos nosotras e iban siguiendo sucesivamente las cuatro comunidades de religiosos que hay en esta ciudad y después el clero. Acababan a las doce del día, sin que se interrumpiesen en todas las iglesias de decir misas; en el convento de los calzados hicieron también novenario.

En quince días no se abrieron los tornos, cuidando nuestro bienhechor en un todo de esta comunidad, enviándonos todos los días la comida y cena de todo regalo de aves y principios, todo guisado; también dio curso a todos los conventos para que aplicasen los sufragios que mandan nuestras Constituciones, y así no tuvimos ni aun este quebranto. Quedó el santo cuerpo de Nuestra Venerable Madre muy tratable y hermoso, y aunque quiso nuestro bienhechor retratarla, no pudo el pintor sacar el color tan albo y hermoso con que quedó, que parecía resplandecer; ni la sacó tan linda como era, aunque le da el retrato alguna semejanza.

La tuvimos en el coro dos días y dos noches, y eran las noches como la del Jueves Santo, porque quedaron las puertas de la iglesia abiertas y a todas horas era inmenso el concurso que acudía a verla. También asistían de noche algunas comunidades, la de la Victoria, desde las Ave María hasta las doce, y muchos sacerdotes por toda la noche.

Enterróse Nuestra Venerable madre Fundadora en el nicho principal de la testera, sobre el que tiene el cuerpo de la mMdre San Agustín. Cae la pared del nicho, de la parte de fuera, al paso de la sacristía.

EXHUMACIONES

En el año 1837, al colocar en dicho nicho a la madre Josefa del Carmen, hallaron el santo cuerpo incorrupto. Fue completa la alegría de sus hijas, porque además del parecido que aún conservaba, al ir a vestir hallaron que tenía la bula. En 1871 se volvió a abrir y se encontró en la misma situación: *Se les cantó su misa y vigilia puestas todas en el coro bajo, a la pública veneración, vistas de todo el pueblo y nobleza. Las vio el Ayuntamiento y dando fe el arcipreste del pueblo, el señor Don Francisco Pelujo y el señor Vicario de esta comunidad, Don Iginio Cardeñoso, tanto al abrirlo como al cerrarlo. Al año se abrió y se encontraron lo mismo, hasta fresca una mata de jazmín que se le puso del tiempo, el año anterior. El año 1873 la impiedad nos arrojó de nuestro convento en veinticuatro horas sin dar lugar a recoger a nuestras Venerables, las que padecieron mucho de mano de los malos cristianos y por caridad las cogieron personas devotas y las pusieron en la Iglesia Matriz, El año de 1874, día 9 de junio a los once meses de haber salido, volvieron a su convento, pero loas vimos destrozadas, como están, efecto de haber estado cayendo la gotera de un aljibe. De todo esto soy testigo las que vivimos que somos las mismas que las vimos enteras y los albañiles y demás personas. Hoy 10 de junio de 1874* ³⁸.

El 15 de diciembre de 1875, con permiso del señor obispo de Cádiz, se volvió a abrir la tumba de la Venerable Madre Antonia de Jesús, que se encontró entera. También se encontraron en el mismo estado la Madre Juana Teresa de San Nicolás; la Madre priora, Josefa del Carmen; la Madre fundadora María de San Agustín y la Madre Rosa del Niño Jesús. Se vistieron todas cinco, pues estaban enterradas con grandísimas miserias. Las religiosas hicieron esto con grandísima alegría y recogimiento por ver tal prodigio. Todas se vistieron con hábitos de seda que trajeron las señoras del pueblo. En el mismo sitio se hizo una alacena grande, separando a las Venerables: Nuestra Fundadora, Antonia de Jesús, se colocó en el tercero de arriba en el cuarto Sor Josefa de San Nicolás. Todas quedaron muy bien y nosotras muy contentas de haber tenido esa dicha. Se colocaron en el mismo mes y día 23. Todo esto es verdad y lo firma su hija Sor Corazón de María ³⁹.

Con motivo del III Centenario de la fundación del convento, el obispo de Cádiz, Don Antonio Dorado Soto, autorizó el traslado de los restos de la Madre Antonia de Jesús; este se efectuó el día 19 de septiembre de 1987:

“A las once de la mañana se abrió la pared donde se encontraba la tumba de la fundadora Sobre los restos de una caja de madera se encontró el cuerpo de

³⁸ *Ibidem.*

³⁹ Testigo ocular.

la Madre incorrupto, excepto en rostro y manos que estaban deteriorados. Una vez sacada de su tumba se le cambió el hábito de seda por el que actualmente se usa en la Recolectión y se le trasladó a un sencillo féretro de madera de pino, con dos cerraduras, que estaba dispuesto delante del altar del antecoro bajo. La Madre se encuentra en actitud de dar un paso, correspondiendo su cuerpo al de una mujer muy delgada, de talla superior a la normal. El deterioro de rostro y manos fue el producido cuando la Madre estuvo durante once meses en la parroquia de Santa María la Coronada”

El 22 de octubre del 2.000 se abrió el proceso diocesano de canonización. En junio de 2012 se abrió nuevamente su sepulcro por la celebración del IV centenario de su nacimiento y se trasladó su cuerpo a una capilla en la iglesia del convento de Medina Sidonia, que es meta de peregrinos y devotos, que aumentan cada día.

RESUMEN DE SU VIDA

En el libro de mortuorios del convento de Medina, folio 2 y siguientes, escrito por la Madre Úrsula de la Madre de Dios se nos dice: La llamó su Majestad a una gran perfección de vida, siendo de 18 años y perseveró en ello hasta que pasó a gozar el premio de sus heroicas virtudes y vida tan singular y sus penitencias inimitables, pues tuvo el tesón de continuo pan y agua en 30 años que tuvo salud sin ceder de esta abstinencia por achaques que tuviese, observando en sí con gran fortaleza todo lo que introdujo en su alma, así de aspereza como de virtudes. Y así mismo no se le conoció más celda ni más cama que el coro, donde decía que tenía todo su descanso y pasaba todas las noches de rodillas y para cuando la vencía el poco sueño que tomaba, se ceñía las dos manos atadas con un cilicio, algún palo o cosa que pudiese sustentar el cuerpo. Ocultó mucho sus penitencias. Solo las que la conocimos y fuimos testigos sabemos que en estos 30 años no vistió túnica interior, trayendo una que la cogía casi todo el cuerpo, tejida de cerdas y no creó las sabandijas que por naturaleza podía producir y con más exceso las cerdas. Y también no causaba mal olor que pudiera por lo natural de no mudar nunca, y así es bien ponderable que esta merced de no criar cosa, la ha participado el Señor a todas sus hijas; y se ha visto claro y tenemos las experiencias de que en otros conventos de las recoletas no ha sido tan general esta merced como lo ha sido en los cuatro conventos que nuestra Madre Antonia fundó, los dos en Granada y los otros, el de Chiclana y este de Medina, donde fielmente son testigos las presentes que hoy vivimos, porque la lana que vestimos interior por su naturaleza con el calor había de producir ese género de sabandijas, y las que se han criado desde pequeñas en estas cuatro casas no conocen este género por no haberlos visto. Gracias al Señor por todas sus obras, porque nuestra santa y venerable Madre fundadora nos ha dejado noticias de sus fundaciones y los motivos de sus principios, por nueve cuadernos

que escribió por mandato de sus confesores y se hallan en este archivo escritos de su mano. Aunque en ellos nos ocultó los muchos favores que recibió de Nuestro Señor, que fue muy singular el secreto que siempre guardó en no manifestar a nadie las cosas de su interior. Las que la tratábamos pudimos tener muchas luces de lo singular que por su alma obraba el Señor, mas no pudimos tan claramente alcanzarlo por no manifestarnos nada. Y así queda solo la memoria que se hallará de la que los dichos cuadernos nos participan y lo que nos quedó de sus virtudes. Espero en su divina Majestad que saldrá a luz su vida. Bendito sea el Señor que la crió.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído el presente libro, pequeño en tamaño, pero grande por la vida de la Madre Antonia de Jesús, de que tratamos, podemos decir que Dios es grande en la vida de los santos. Su poder maravilloso actúa de modo casi escondido y en muchas ocasiones deja a los santos como desamparados, necesitados de luz para seguir su camino. En estos casos hasta puede haber contradicciones entre los directores espirituales que los guían, pero al final siempre Dios manifiesta la luz necesaria para seguir sus caminos establecidos y hacer obras grandes a través de la humildad y sencillez de sus siervos.

Una de las cosas que más admiramos en la vida de la Madre Antonia es su humildad en obedecer a sus confesores y, a veces, cuando parecía que todas sus ilusiones e ideales de fundadora se iban a derrumbar. Dios mandaba soluciones en los últimos momentos, como hemos visto. Realmente que Dios es el actor principal de nuestra santidad. Nosotros solo debemos dejarnos guiar por Él y consultar a personas entendidas. Al final Dios se manifiesta como en el caso de Antonia, incluso con patentes milagros, sanando enfermos, haciendo desaparecer las langostas, enviando personas desconocidas o también con la clara intervención de algunos santos en el día de su fiesta.

Además de san José, ella anota la importancia de las intervenciones de N.P. San Agustín, santa Mónica, San Nicolás de Tolentino, santo Tomás de Villanueva, santa Rita, san Antonio de Padua, Santa Ana y otros muchos más, porque a todos los santos y ángeles los quería y los invocaba como amigos y hermanos, que le podían ayudar, de modo especial a su ángel y al de su Comunidad y a los santos de la Orden.

